

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 883.

Administración general, pasaje Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El Concilio ecuménico; grabado. — **Estudios literarios:** **Poetas alemanes del siglo XIX.** — **Sucesos de Dalmacia;** grabados. — **Los convidados del vírey visitando los hipógeos en el alto Egipto;** grabado. — **Revista de París.** — **Poemas.** — **Inauguración del istmo de Suez;** grabados. — **Los dos millonarios, por Zschokke,** traducido del alemán. — **El istmo de Suez;** grabados. — **La mujer de los siete maridos,** novela original por Julio Nombela. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Reformas que se proponen en el uniforme de la guardia nacional, por Cham;** grabados.

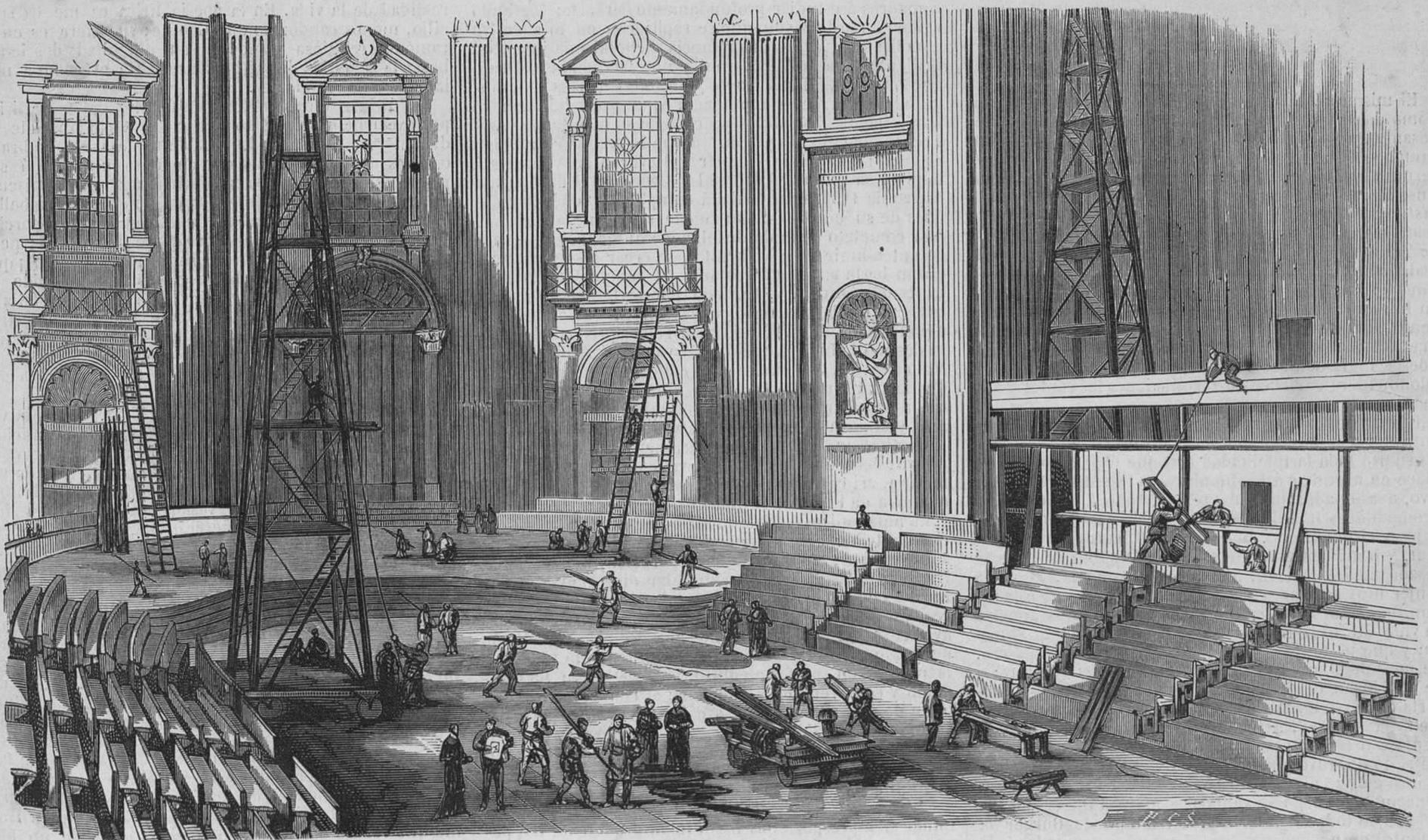
El Concilio ecuménico.

Dentro de algunos días, el 8 de diciembre, habrá en la Ciudad Eterna un imponente espectáculo, como no se ha visto desde hace más de tres siglos: un Concilio ecuménico que reunirá en Roma á todos los obispos del mundo católico.

Generalmente hablando, los concilios se han reunido para combatir las heregias ó para restablecer las costumbres y la disciplina eclesiástica, pues en todos tiempos ha habido que corregir grandes abusos. Pero esta vez la reunión de los miembros de la gerarquía católica se propone por objeto la reconciliación del catoli-

cismo con la sociedad moderna y *viceversa*. Esperamos que así será, y abandonando estas consideraciones á los periódicos especiales, vamos á ocuparnos hoy de los preparativos materiales de la futura asamblea.

Sabido es que habrá también un jubileo, que durará tanto como el concilio, y una exposición de objetos de toda clase, referentes al culto católico. Así sucede que en la actualidad reina una animación extraordinaria. La cuestión de habitaciones preocupa con especialidad al Padre Santo, que desea ofrecer la hospitalidad á la mitad de los obispos que verá reunidos en su derredor el 8 de diciembre. Por orden de Pio IX se preparan aposentos en los palacios apostólicos, en los conventos, en todos los locales disponibles. El comercio y las artes



Aspecto del local donde se reunirá el Concilio ecuménico, en la basílica de San Pedro.

se hallan en plena actividad; pues no cabe duda que el concilio dejará en Roma grandes beneficios.

Los diarios de la Ciudad Eterna traen interesantes datos estadísticos relativos al próximo Concilio ecuménico. El número de prelados investidos del derecho de tomar asiento en el salón del Vaticano y que han recibido y aceptado como tales la invitación del papa no baja, según parece, de 909. De estos hay muchos que solo son obispos *in partibus*. Los que ejercen el cargo pastoral y administran diócesis no exceden de 766, de los cuales 135 son arzobispos y 631 obispos. Clasificando estos prelados por su denominación nacional ó geográfica, resulta que una tercera parte del total, á saber, 46 arzobispos y 211 obispos, ó en junto 257 prelados, son italianos, que tienen sus sillones en los Estados Pontificios ó en el reino de Italia. Hay además 93 obispos pertenecientes á Francia y sus colonias, 62 á España y sus colonias, y 27 á Portugal, sumando en junto 439 prelados de pura raza latina, correspondientes á Europa solo, á los que hay que añadir, como afines á ellos, 81 arzobispos y obispos de los diferentes Estados españoles y portugueses de América (Méjico, Brasil, Perú, Chile, República Argentina, etc.), que elevan el número de los prelados latinos del concilio á 520, excediendo de las dos terceras partes del episcopado activo entero.

En contraposición á ese considerable número, las razas alemanas ó semi-alemanas solo pueden presentar 22 prelados de Alemania, 52 de Austria, 5 de Holanda, 6 de Bélgica y 5 de Suiza, ó sea en junto 90 prelados. De Inglaterra, Irlanda y las colonias británicas se esperan 69 prelados, y estos, con 55 de los Estados Unidos, constituirán lo que podría llamarse el elemento anglosajón. El Occidente envía 33 prelados de Rusia, Grecia, Turquía y Persia. El *Times* observa que como de los obispos *in partibus*, no pocos son italianos, agregados á la cámara de Su Santidad, ó que desempeñan altos cargos y dignidades en los dominios pontificios, resulta que los prelados de raza latina estarán respecto de las demás razas en la proporción de tres á uno.

El salón de sesiones está en la misma basílica de San Pedro, cuyo brazo derecho ocupará, esto es, la nave, donde el día de Juéves Santo el papa lava los piés á los pobres. Nuestro primer dibujo de este número representa el estado actual de las obras.

Cuando esté dispuesto el salón, daremos otro dibujo con su descripción exacta; por hoy nos limitaremos á decir que contendrá en cada uno de sus lados, ocho hileras de asientos en anfiteatro para los Padres; que el trono del papa se elevará en el fondo sobre un estrado mas alto que los asientos dispuestos á derecha é izquierda para los cardenales, y que en ciertos casos se descenderá un velo gigantesco para dejar ver á los fieles reunidos bajo la admirable cúpula de Miguel Angel, el conjunto de tan notable asamblea. A. D.

Estudios literarios.

POETAS ALEMANES DEL SIGLO XIX.

(Conclusion.)

El mismo Stolberg debe ser citado como su feliz rival, como diestro versificador y como autor de baladas interesantes y de excelentes traducciones. No olvidemos tampoco á Hæly, jóven poeta cuyas odas respiran una ternura elegiaca, ni á Juan Martín Muller, que compuso lindas canciones y una novela preciosa (*Siegwart, historia monacal*), ni á Leisewitz, autor de *Julio de Tarento*, hermosa tragedia, y de una *Historia de la Guerra de Treinta años*, inédita, que le costó treinta años de trabajo, y que entregó á las llamas la víspera de su muerte. Las baladas y canciones populares, publicadas en Inglaterra por Percy, interesantes restos del antiguo genio lírico entre los Teutones, que debían despertar mas adelante el genio de Walter Scott y crear toda la poesía inglesa moderna, fueron el comun manantial adonde fueron á beber sus inspiraciones los cantores alemanes.

El mas popular, el mas enérgico y mas grande de entre ellos es Burger, hombre de númen, á quien cupo en suerte toda la infelicidad con que el destino se complace en abrumar á los hombres de talento. Pobre, altivo, apasionado, imprudente, cediendo á rápidos é impremeditados impulsos, solo conoció la miseria, los trabajos y el quebranto. Nació en 1748, cerca de Albers-tadt, y murió de aflicción en 1794. Después de haberse casado sin inclinación, pero sin repugnancia, con una mujer muy amable, se enamoró de su cuñada; esta pasión, que procuró ahogar, acibaró los mejores años de su vida. Murió su mujer y pudo casarse con la que amaba, y que no tardó en seguir á su hermana al sepulcro. Después de algunos años de profunda tristeza, recibió de una jóven de Stuggard, llamada Elisa Hahn, una carta en verso en la que le ofrecía su mano y le prometía la felicidad. Aceptó tan singular proposición, enlazóse con la jóven poetisa, y después de tres meses de matrimonio, tuvo que pedir el divorcio. Elisa le dejó y se hizo actriz, adquirió celebridad por sus groseras inclinaciones, y llegó á aventajar á los mas intrépidos bebedores de toda la Alemania. Un amigo de Burger la encontró en un bodegon de Hamburgo, sentada á la

mesa con dos holandeses, que le hacían frente y que ella desafiaba á beber. Sus dos antagonistas fueron á parar debajo de la mesa, y ella quedó dueña del campo de batalla. El infeliz Burger, herido en el corazón, sin recursos, y cubierto de afrenta, murió poco tiempo después de su divorcio. Dejó algunas obras maestras líricas, en las cuales la pasión se muestra á veces trivial y llena de sensualidad; pero en las que fuera difícil admirar debidamente la brillante energía y el colorido lleno de fuego. Popular, vulgar á veces, sobrado libre en sus pinturas voluptuosas, carece de la sublimidad pura y de la noble castidad que caracterizan á Schiller.

El genio de los poetas que hemos citado es principalmente enérgico, y reproduce la emoción en toda su fuerza. Mas poderoso que vasto, canta su pasión para satisfacerla. Tiempo es ya de hablar de los grandes poetas que han hecho del mismo arte un verdadero culto, y que han sometido á su imperio á la misma pasión.

¡Saludemos ante todo á Goethe, padre y protector de esta escuela! Parece que todo se ha dicho acerca de él, que él mismo en su autobiografía, titulada *el Idealismo y la Realidad*, nada ha dejado que decir á cuantos se propongan hablar de tan célebre escritor. Sin embargo, procuraremos dar una idea del influjo que ha ejercido en su país. Genio lírico y flexible, talento cosmopolita, buscando constantemente la perfección en el arte, ha sido el primero que ha dado á la Alemania obras verdaderamente completas, producciones acabadas. En su *Ifigenia* ha complacido en reproducir las ideas helénicas; las de la edad media guerrera en su *Goetz de Berlichingen*; las de la edad media simbólica y supersticiosa en *Faust*; y finalmente las de filosofía moderna y de la desesperación profunda que excitaban, en aquel *Werther* que comenzó la reputación del autor, y que fué mas adelante el objeto de sus anatemas. Por último, la facultad de simpatizar con todos los géneros de poesía y con todos los grados de sensibilidad, caracteriza especialmente al escritor de que estamos hablando. Parece á aquellos dioses indios que en sus transformaciones toman sucesivamente la forma del alma, del pensamiento de todos los seres á los cuales se proponen asemejarse. La tranquila docilidad que ha llevado á Goethe á tan alto grado de perfección en el arte, le ha dirigido igualmente con dulzura al través de la vida; poeta afortunado, todas sus emociones fueron consagradas á la musa que le favorecía, y se dirigieron á desenvolver un númen que adoraban sus conciudadanos y veneraba la Europa entera. En esa existencia tan fecunda y cumplida, échase de ver muy pocos accidentes: Goethe ha meditado y cantado; á esto se reduce todo.

Nacido en 1749 en Francfort en el Mein, de un rico y célebre abogado, había perdido el conocimiento cuando vino al mundo; la torpeza de una comadrona había sido causa de este accidente; mas la feliz estrella, que nunca dejó de brillar sobre la extraordinaria vida de Goethe, debía trocar en beneficio este primer rigor del destino. El arte de partear había sido practicado hasta la sazón con sumo descuido; llamóse con este motivo la atención de las autoridades de Francfort en el Mein, y leyes severas obligaron á los cirujanos y á las comadres á estudiar profundamente su arte; logrando evitar por este medio que se repitieran en lo sucesivo aquellas desgracias. Una infancia dichosa, una juventud brillante, una belleza varonil y una facilidad en el trato que prevenía á favor suyo y en todas partes le granjeaba amigos, una reputación que precedió siempre aun á las mas brillantes pruebas de su talento, la posición independiente y honrosa que le aseguró su amigo el duque de Sajonia Weimar, le llevaron suavemente á la gloriosa tumba, á la cual descendió el día 22 de marzo de 1832, cuando iba á cumplir los ochenta y dos años de su edad. Goethe puede ser mirado como el mas completo ejemplo de felicidad humana. La pujanza de entendimiento y la facultad de crear no le abandonaron hasta su último instante. El tranquilo curso de su existencia jamás fué turbado por la tempestad, ni la mas débil nube oscureció jamás la gloria que alumbraba aquel sosegado y profundo lago. Toda aquella dicha, que el destino había rehusado á Cervantes, á Shakspeare, á Moliere y á J. J. Rousseau, se concentró en la existencia del patriarca de la poesía alemana. Por fin, descansa actualmente entre sus amigos el duque de Weimar y el gran Schiller. ¡Poeta venturoso!

Goethe no pertenece enteramente al siglo diez y nueve; échase de ver en él el reflejo de la poesía volteriana, así como Schiller conserva el de la inspiración enérgica de Fichte y de Rousseau.

El antagonismo de estos dos hombres extraordinarios contribuyó poderosamente á estrechar los lazos de su intimidad; cuanto menos se parecían, mas se amaban. Puede estudiarse esta singular divergencia de caracteres en las cartas confidenciales de ambos escritores, publicadas no ha mucho tiempo. De edad mas avanzada que Schiller, Goethe aparece siempre dueño de su alma; vésele conservar constantemente todas sus facultades en perfecto equilibrio. Goethe se ha estudiado y comprendido á sí mismo; al conocimiento que tiene de su fuerza, reúne la calma necesaria para hacer de ella el debido uso; poeta, sabe mostrarse cortésano y hombre de mundo. El corazón apasionado, el espíritu entusiasta de Schiller le arrastran mas allá de los límites del mundo real. Goethe jamás se abandona á los arrebatos de su imaginación; Schiller se deja dominar siempre por ellos hasta la imprudencia. La penosa incertidumbre, la necesidad de lo ideal que aque-

jaban á Schiller, la actividad interior que era su martirio, le separaban de su ilustre amigo; Schiller amaba el símbolo, de la misma suerte que Goethe era apasionado á la observación. Aquel era mas sublime, este mas vasto. Profundo, ideal, lleno de una sensibilidad viva y ardiente, Schiller dista mucho de poseer la facilidad plástica de Goethe. Su especulación es mas filosófica que lírica; su inspiración es principalmente seria, poderosa y elevada. Goethe ha modificado el idealismo por medio de la naturaleza. Schiller ha elevado la naturaleza hasta lo ideal. ¡Qué ilimitada libertad de creación en Goethe! ¡cuánta pujanza, cuánta energía en Schiller! Todos los héroes de este último se parecen á los semidioses de la escultura griega; son algo mas que hombres. Discípulo de Fichte, Schiller cree principalmente en la fuerza y grandeza de nuestra alma y consagra todo su númen á divinizarla; solo piensa en el mundo exterior para oponerle al espíritu humano que hace resaltar sobre aquel fondo maravilloso. Es el cantor de nuestros mas gloriosos triunfos; agrádale pintar la eterna lucha de la voluntad y del destino, concediendo siempre á la voluntad la corona de la victoria. Imposible es leer á Schiller sin llenarse de un profundo respeto hacia la humanidad, ni á Goethe sin sentir un amor mas vivo por la naturaleza. El uno se acerca al estoicismo, el otro al panteísmo. Si Schiller pinta la naturaleza, le atribuye algo de la inteligencia humana, y aun cuando tributa sus encomios á la industria material, es el hombre el que recibe su incienso. Su magnífico poema de *la Campana* es un ejemplo de lo que acabamos de sentar. Veis fundir la campana, presenciáis el trabajo de los obreros; ningun artículo enciclopédico es mas exacto; y sin embargo ¿cuál es la impresión que todo esto deja al lector? Una veneración profunda por la humanidad, única capaz de concebir las ideas de religión, de orden y de civilización. En el drama no nos hace Schiller admirar el juego de las pasiones, sino el orgullo, la generosidad, el triunfo del hombre sobre sí mismo, su grandeza por fin. Algunos escritores han sido sublimes, pero sin fuego; porque cuando se trepa por las montañas, al paso que se observa que el aire es mas raro y mas vivo, se le halla tambien mas frio. Al contrario, la poesía de Schiller, cuanto mas se encumbra, mas ardiente es. Entre cuantos han escrito, Schiller es el que ha sabido hermanar mayor elevación de entendimiento á una pasión mas intensa. El talento de Goethe es admirable por su extensión; el de Schiller por su sublimidad. « Puedo cuanto quiero, nada hay imposible para el hombre: » este es el fondo de toda la poesía de Schiller. El nos dice: « Vuestra patria es el cielo, vuestra vida es un continuado esfuerzo para volver á vuestra morada; en este esfuerzo consiste la virtud; el hombre es tanto como el universo, es el universo mismo. »

Goethe, al contrario, es un poeta práctico; podemos sacar utilidad de sus escritos todos los días y en todas las circunstancias de la vida. Sus obras son duraderas, elegantes, cultas sin afectación, sólidas por la materia y admirables por el trabajo. La poesía de Schiller es como un vino generoso lleno de fuerza y de un sabor agradable; pero que embriaga; no os seduzca su pureza ni su color; la pujanza que encierra excitará el entusiasmo en vosotros y os arrastrará mas allá de la realidad de la vida. En la poesía lírica es menos sencillo, menos candoroso que Goethe; su esfera es enteramente religiosa y moral. Con dificultad descende hasta la sencillez de las baladas, hasta el candor melancólico de las elegías.

Las últimas obras poéticas de Goethe, del poeta lírico por excelencia, son harto alegóricas, harto simbólicas y distantes de la realidad. Rodéanse de versos sobrado oscuros; la viva claridad que da tanto atractivo á sus primeras obras, ha sido sustituida por un crepúsculo dudoso que fatiga. No se echan de ver en aquellas bellas formas, aquella sublime armonía, aquellas proporciones acabadas, todo aquello que tanto hechizaba; pero en las baladas y novelas de su primera época, ¡qué maravillosa felicidad! ¡hasta qué punto se olvida el lector de sí mismo para seguir á Goethe! ¡cuán feliz se vive en el mundo ideal que hace brillar á nuestros ojos! Al leerlas, nos olvidamos de que exista Goethe. de que haya un poeta de este nombre. En Schiller, al contrario, se ve un sentimiento personal que brilla con fuerza, nobleza y grandiosidad.

La guerra contra Napoleon despertó en Alemania vivos impulsos patrióticos, un ardor y una inspiración nuevas que han luchado con éxito contra el cosmopolitismo de Goethe y las teorías de Schiller. Mas de un poeta lírico ha cantado el antiguo genio de los Teutones, sus tierras fecundas y vastas, sus costumbres senceras y francas y su valor hereditario. Algunos de estos bardos empuñaban la espada en una mano y en la otra la lira; Theodoro Körner murió en el campo de batalla; Luis Uhland, Mauricio Arndt, Federico de la Motte Fouqué, Max de Seckendorff y Federico Ruckert son dignos de mentarse. Pero el mas popular de todos esos Tirtes modernos es Uhland, poeta nacional, y cuyos himnos son repetidos por el soldado y por el hombre de tono, por la jóven distinguida y por el pastor. Echase de ver en ellos algo de la energía que caracterizaba á Burger, pero nada de su trivialidad. Diríase que ha tomado por divisa aquellos versos de Goethe: *Poeta, canta á tu país: allí están tus cadenas de amor, allí el mundo de tus pensamientos*. Ni le pidais el idealismo filosófico de Schiller, ni la belleza de las formas que tanto adora Goethe, ni los fantásticos caprichos, ni esa amarga ironía que rebosa en Heine; su emoción es la de un alma pura y fuerte; su carácter es bello como su poesía.

Nacido en Tubinga el día 26 de abril de 1787, después de haber viajado en su juventud por la Alemania y la Francia, ejerció con honor la profesión de abogado, hasta que los electores de Stuttgart lo llevaron á la diputación. En la actualidad, forma parte de aquella oposición parlamentaria que se honra con los nombres de Menzel, Pfizer y de Schott. Su influjo en la dieta es el de la probidad; raras veces habla, y la voz grave y persuasiva del poeta nacional es siempre escuchada con respeto.

Sus obras, poco voluminosas, brillan por su verdad, sencillez, franqueza y fuerza. La exageración no tiene absolutamente cabida en ellas; no afecta, como otros poetas, el candor y la ingenuidad; canta, porque se siente conmovido, y á un tiempo explica sus emociones y las causas que las producen. Placer y dolor, desesperación y entusiasmo, todo es en él tan alemán tan verdadero, tan poco afectado, que no bien se escapan sus cantares de la pluma que los escribe, se convierten en propiedad de toda la Alemania. Deja que llegue hasta él la sensación, y solo la reproduce después que ella le ha dominado, penetrado, saturado, por decirlo así. Sus inspiraciones no son turbadas por un partido tomado de antemano, ni por la afectación; su musa está exenta de charlatanismo y de falsedad. Uhland compone odas de la misma suerte que un árbol produce flores; ni es extraño que su poesía le sirva de consuelo; porque nada hay tan dulce para el alma como la verdad. « Oh infortunio, » dice en alguna parte, « ya sé que le es imposible al hombre el evitarte; tus golpes vendrán á herirme un día, ya lo sé y me resigno; porque para cada una de tus heridas me inspirará Dios un nuevo canto. »

Con esta ingenuidad que nada tiene de pueril, con esta ingenuidad de hombre, de guerrero, de patriota y de héroe, ha cantado sucesivamente la edad media, la libertad, el amor, la patria, los recuerdos, la vida doméstica, las mujeres, la primavera y la religión. Siempre la misma delicadeza y dignidad, siempre la propia grandeza y la misma gracia. El alma se siente á un tiempo conmovida y purificada, cuando la hieren acentos tan puros y tan tiernos: hasta el madrigal recibe de la pluma de Uhland un sello de verdad que oculta su insulsez. Pero todas estas solo son composiciones graciosas y lindas; las hay también sublimes. Hé aquí la terrible alocución que Uhland, en 1816, dirigía á los príncipes de Alemania:

« Con vosotros hablo, príncipes del imperio; ¿habeis olvidado el día del combate? ¿Entonces vosotros estábais de rodillas, adorábais un poder mas grande que el vuestro! El pueblo fué el que borró vuestra afrenta: su fidelidad ha sido sin mancilla. Ahora toca á vosotros cumplir vuestras palabras de príncipes, y no burlarnos. »

« Pueblo, ¿has trascordado ya aquella trabajosa jornada? Ese bien que tú has conquistado, ¿de qué te ha servido? Bajo tus plantas los batallones extranjeros han caído convertidos en polvo, y en tus filas jamás ha habido un claro, y ¡sin embargo no eres libre! tus derechos no están afianzados. »

« Cortesanos, consejeros de los reyes, que sobre vuestros frios pechos ostentais una fría estrella, vosotros ignorais lo que pasó junto á las murallas de Leipsick. Sabedlo. Aquel fué un día grande, un día sagrado; Dios dejó caer sobre el mundo una sentencia tremenda. Pero vosotros no atendeis á lo que digo; la voz de los espíritus celestes nunca llega á vuestros oídos. »

« He cantado lo que Dios me mandaba cantar; número celestial, otra vez tomo mi vuelo y voy á decir al coro sagrado de los espíritus lo que he visto en la tierra. ¿Debo lanzar el anatema ó verter alabanzas? Ni lo uno ni lo otro. Hase ofrecido á mis ojos un espectáculo de desolación; mas también he visto brillar el heroísmo en mas de unos ojos, he oído latir mas de un pecho hidalgo. »

La poesía lírica en Goethe comprende el universo, se presta á todas las metamorfosis, pasa al través de las civilizaciones mas variadas y toma indistintamente sus colores. En Uhland, es toda nacional, enteramente alemana; en Heine, es de convención, de fantasía. La grave y profunda sensibilidad del genio alemán favorecía el desarrollo y vuelo de la poesía lírica; en estos últimos tiempos, el espíritu religioso y místico, unido al entusiasmo guerrero, ha producido un número tan crecido de poetas líricos que su sola lista ocuparía un libro voluminoso. Entre los mas notables citaremos á Novalis, de Wesenberg, Wistchel, Krummacher, Niemever, Madama Elisa von der Recke, Starke, Freudenthal, Hezechiel, y en una línea secundaria, á Mahlman, Schmidt de Lubeck, de Rochlitz y G. W. Finck.

Gustavo Lchwab, á quien debemos una excelente edición de las obras de Flemming, nació en Suabia. Pertenece á aquella antigua raza poética en cuyas venas parece haber circulado siempre el genio lírico y que dió al siglo XIII sus admirables y francos *Minnesingers*. Su sencillísima invención, su estilo ingenuo, el singular é ingenioso giro que ha dado á sus canciones le han aislado enteramente de los innumerables poetas de la Alemania moderna. Ha traducido el poema francés de MM. Barthelemy y Mery, *Napoleon en Egipto*, y las *Meditaciones* de Lamartine, únicas producciones francesas que han merecido la aceptación del público alemán.

La poesía patriótica, despertada por la invasión francesa, no tuvo intérprete mas célebre que el noble y maglorado Kærner, el cual tomó por modelo poético á Schiller, y murió en el campo de batalla. Algunos de

sus cantos guerreros se repiten aun con entusiasmo. Debemos confesar no obstante que la imitación de Schiller se echa de ver con sobrada frecuencia en sus producciones. El héroe que á los veinte y tres años espiró en el campo de batalla es acreedor á alguna indulgencia; su nombre pasará á la mas remota posteridad.

Pero es ya tiempo de que tratemos de la revolución promovida por los Schlegels y que comienza en Goethe sin reconocerle por su autor.

Augusto Guillermo Schlegel, antiguo profesor ordinario en Bonn, es el que siguiendo las pisadas de Goethe y abriéndose un nuevo camino, ha introducido en Alemania la adoración poética á la edad media católica, adoración que ha sido llevada hasta el fanatismo. Schlegel, el mas brillante de los escritores críticos, era al propio tiempo el versificador mas notable de la época. Pero encerrada por mucho tiempo esta inteligencia en el laberinto de la crítica y de la filosofía, no puede dar á sus creaciones la fuerza y la pasión originales que engrandecen á los poetas. Sus traducciones de Shakspeare y de Petrarca son verdaderas obras maestras; sus sonetos filosóficos y elegíacos son dignos del mayor aprecio; sus producciones satíricas han vaulado con éxito extraordinario á los poetas adocenados de su país; pero en vano se buscarán en sus obras rimadas el sabor y la invención, la emoción y la inspiración sostenida que constituyen al verdadero poeta. Diríjese al entendimiento, y no al alma, halaga á los oídos sin derramar lágrimas; excita la meditación y la melancolía, y nunca habla á las pasiones. Su tragedia clásica titulada *Ion* no se ha sostenido en la escena. Entre todos sus poemas, el que se lee todavía con mas gusto, es la supuesta disputa que finge este escritor entre Matthison, Voss y Schmidt de Vernicker, tres adversarios á los cuales no guarda miramiento alguno, y que bajo su pluma son tan ridículos como cabe. Su hermano Federico Schlegel, con mas profundidad filosófica y mas concentración, no nos parece dotado de un gran talento poético; no parece sino que la facultad crítica es hostil á la facultad creadora, y que la ironía, el sarcasmo y el ejercicio de una razón severa y de un juicio inexorable se avienen muy mal con la poesía.

Los resultados de la escuela fundada por Goethe, los Schlegel y Tieck son actualmente atacados por un gran número de literatos y poetas. Atribúyesele una influencia destructora de las naciones del bien y del mal y contraria á la verdadera moralidad que debe guiar al hombre á la virtud. Estudiar el arte como arte, preferir lo bello á lo bueno, acomodar el pensamiento á todas las admiraciones, doblegarlo á todas las imitaciones, ¿no es abrir un sendero fatal? ¿no es destruir todos los cimientos de la moral?

Acerquémonos á la realidad, dicen los nuevos escritores, dejemos de cernernos en los espacios imaginarios; pues el hombre ha nacido para obrar, y no para soñar. Si convertís la poesía en un juego de imaginación, en una vana y caprichosa fantasía; no vendrá á consolarnos, será del todo estéril para vuestra felicidad. No nos pondereis esa elevación ideal, esas cimas escarpadas donde están confundidos el amor y el odio, el bien y el mal; desde donde no se descubren sino fantasmas, en las cuales no existe principio alguno sólido á que pueda acomodarse la vida real y práctica. No hagais del mundo una poesía universal, es decir, una inmensa quimera; vuestra teoría, seguida hasta sus últimas deducciones, llevaría á robar poéticamente, á cometer todos los crímenes acomodándose al *bello ideal del arte*.

Sin embargo, debemos algunas obras maestras á esta nueva tendencia contra la cual es difícil quejarse con justicia. Nada mas bello que el *Shakspeare* de Schlegel, el cual Tieck se encargó de revisar con intención de continuarlo.

Tieck, el mas firme apoyo de la nueva escuela literaria, lleva publicados tres volúmenes de poesías líricas. Imposible nos fuera caracterizar al género á que se ha dedicado, sino diciendo que ha tomado del genio esclavon (genio que da vida á todos los objetos inanimados) el arte de personificarlo todo. El mundo de Tieck es un mundo encantado; las flores que se abren, los peñascos que amenazan desplomarse, los valles que se cruzan, los bosques que se mueven agitados por el viento, los enjambres que atraviesan la llanura, todo toma un lenguaje misterioso é interesante. Tieck vivifica cuanto toca; como un amigo, como un hermano responde á esa voz secreta cuyo eco hace llegar hasta nosotros. Viérase en esto un maliz de paganismo, si la contemplación íntima y cristiana que siempre se vislumbra en sus versos no corrigiera aquel defecto. La naturaleza exterior cobra vida y despide vivos resplandores habla con el poeta, le magnetiza por decirlo así, y trasforma en una inspiración sublime los elegíacos acentos que se exhalan de su lira. La edad media le ha suministrado colores muy brillantes; no obstante, la popularidad que le han grangeado sus novelas y dramas, nunca ha coronado sus poesías.

Los poetas líricos de esta última escuela forman una numerosa falange que no pretendemos revistar. Bastará que citemos algunos de los hombres mas esclarecidos, á M. G. Keil, por ejemplo, quien después de haber publicado una excelente edición de las *Obras de Calderon* y una traducción de la *Vita Nuova* del Dante ha dado á luz una colección de poesías con el título de la *Lira y el Arpa*; á Justo Herner, escritor místico aunque médico, hombre extraordinario que cree en la segunda vista y en las fuerzas magnéticas, y que debe su reputación á un libro muy extraño, la *Visionaria de Prevorst*;

á Nicolás Lenau, que ha escrito bajo un pseudónimo; á Anastasio Grun, otro pseudónimo, al cual son debidos los *Paseos de un poeta Vienés*; á Eduardo Duller, editor del *Fenix*, periódico que vió la luz pública en Francfort en el Mein; á Luis Bechstein, autor de un poema notable sobre la Danza de los muertos de Holbein; á los hermanos Pfitzer de Stuttgart, á N. Zimmermann, á Enriqueta Ottenheimer de Ratisbona, á Carlos de Hotty, cuyos cantos alemanes son tan ardientes y tan suaves, y que ha tomado por modelo al poeta francés Beranger, y principalmente á Federico Ruckert.

Las *Coronas fúnebres* y la *Revista de las sombras del Grande Ejército* han asegurado á J.-C. De Zedlitz un lugar distinguido entre los poetas modernos. Este es el hijo de Byron y de Arturo Young; la noche y la tumba le inspiran; en todas sus composiciones reina una fúnebre sublimidad. Bella y terrible es la idea de haber reunido en presencia de Napoleon los millones de hombres que su pañabra fulminante habia lanzado sobre el cañon de los campos de batalla; espectáculo maravilloso el de la fúnebre revista en la cual todas esas fantasmas guerreras van á desfilar delante de su padre, del que les diera la gloria y la muerte. En el poema titulado *Coronas fúnebres* que debiera traducirse *Ofrendas en los sepulcros del genio*, visita Zedlitz sucesivamente los mármoles debajo de los cuales descansan los restos del Taso, del Dante, de Klopstock, de lord Byron y de Napoleon. Jamás se ha celebrado con un entusiasmo mas trágico el consorcio del infortunio y de la gloria.

« De en medio de las olas, » dice Zedlitz, « veo asomar un agudo peñasco; por todas partes lo rodea el agua, por todas partes una extensión monótona, el Océano, esa llanura inmensa que cansa los ojos. Ninguna orilla la limita, ni sobre ella crece el césped. Diríase que aquel peñasco ha caído del cielo y que está allí como una señal eterna de la ira divina, en torno de la cual en vano mugen y se agitan las olas, y que está destinada á sobrevivir á los siglos. »

« En lo alto del peñasco vese un féretro, encima del féretro una espada, y este es su único adorno; después un tronco de laurel que el rayo ha herido sin derribarlo; mas allá un cetro, algunas coronas rotas y un manto de púrpura que empieza á perder el color y á blanquear. ¡Oh fúnebres y grandes restos, cuán hondamente habeis conmovido mi corazón! »

La *poesía narrativa* ha producido poquísimas obras notables de treinta años á esta parte. El mecanismo épico y la estrofa italiana parecen repugnar al genio alemán; la una nunca halla eco en las almas; la otra con su dulzura, su facilidad y su gracia elegíaca, con dificultad se presta á la vigorosa armonía del idioma germánico. Sonnemberg, nacido en Munster en 1778, y que víctima de una imaginación desarreglada, se precipitó de la ventana de su habitación en Jena en 1805, publicó un extraño y grandioso poema titulado *Donatoa*, en el cual todo es oscuro, irregular é incompleto, pero donde se echa de ver al mismo tiempo una imaginación fuerte y vigorosa. Schulze, el favorito de las mujeres, es igualmente acreedor á una mención especial. Nunca ha manifestado una grande fuerza de invención; sus colores ricos y ligeros se parecen al polvo brillante que cubre las alas de las mariposas; pero nadie ha llevado al punto que Schulze la delicadeza de la expresión y la armonía del lenguaje.

J. L. Pyker ha buscado la gloria en una empresa mas atrevida; se ha propuesto dar á la Alemania y á la Europa moderna una epopeya que compitiera con la *Jerusalén* y con la *Divina Comedia*. Su *Tuneziada* celebra la grande expedición de Carlos Quinto contra los berberiscos. Hase tachado á este escritor de haber imitado servilmente las antiguas epopeyas, de ser harto pródigo de narraciones de batallas, de lenguaje afectado, de mal gusto en las descripciones, y finalmente de haber empleado con poca felicidad y sobrada exageración lo maravilloso que admitía el paganismo, pero que choca con nuestras ideas filosóficas y que solo produce en el ánimo del lector una impresión vaga ó desagradable. Su obra se ha grangeado mucha estimación, mas no ha llegado á ser popular.

Los germanos eran en otro tiempo muy apasionados á un género de poesía lírica familiar, poesía de junto al hogar (*heimlich, homely*), de la cual Voss es el sumo sacerdote; en el día conserva aun algunos partidarios, como Præzel, Winkeler (ó Teodoro Hell), Schmidt de Lubeck y Schmidt de Wermicken. Wilhelm Muller y Rucker han compuesto lindas redondillas, al paso que Elmina de Chezy, Ernesto Schulze, J. Kerner y Wilhelm Muller escriben deliciosas canciones de amor. En el género de la poesía patriótica y popular, hay que añadir á los nombres respetados de Uhland, Kærner y Arndt los de Høgemann, Luis Follenius, Pfizer y Schenkendorff. La oda antigua ha encontrado felices imitadores en Platen y Hardt; la oda romántica ó moderna ha sido tratada con buen éxito por Zedlitz y Riemer. El soneto esta inspiración rápida y viva que exige un talento especial, ha sido cultivado por escritores distinguidos, tales como Streckfuss, de Kalkreuth, Immermann, A. Schwab, Fouqué, y la canción burlesca por Kind, Castelli, Riemer y Bærmann. No debemos pasar en olvido las baladas de Chamisso, Bechstein, Halirsch y Zimmermann, ni los *Cuadros Orientales* de Ludwig Stieglitz.

En cuanto á la epopeya cómica, no podemos menos de citar á Præzel; respecto del cuento sencillo, á Esteban Schutz, Præzel y Kinp, cuyo *Jilguero* nos parece una obra maestra en gusto y gracia ingenua; en el género pastoril, la *Juanita y los Pollos* de Eberhard, y *Jucunda* de Kosegarten. Amalia de Helwig, Kind y Wycn



Sucesos de Dalmacia. — Vista de Perasto.



Vista de Cattaro.



Fiestas de inauguración del canal de Suez. — Los convidados del virey visitando los hipogeos en el alto Egipto.

han dado á luz hermosísimas leyendas, debiendo distinguirse sobre todo las *Fábulas escritas para adultos*, del suizo Frælich. La poesía didáctica ha sido casi enteramente abandonada; apenas se habla del epigramista Haug, del viejo Gæcking, autor de una cartas en verso, de Gerwing, autor de las *Fuentes minerales del monte Tauro*; y de Cristiano Schreiber, que ha publicado un excelente poema sobre la religion. Hase finalmente reconocido que la poesía no es una maestra de escuela, sino que debe cantar como el ave y despedir gratos sonidos como la lira, y que el reducirla á una série de silogismos es privarla de sus mas hermosos titulos, de su reinado, de todo su poder.

M. DE F.

Sucesos de Dalmacia.

Las correspondencias que recibimos justifican el parecer que hemos expuesto en nuestros artículos anteriores. Hoy se ve claramente que no es tanto una reclamacion contra la ley militar, como una protesta en favor del panslavismo, lo que constituye el programa de los insurrectos, y bajo este punto de vista, la insurreccion de Dalmacia merece estudiarse detenidamente como un testimonio mas de la propaganda que sostienen los jefes del movimiento eslavo.

La lentitud con que ha emprendido su ataque el ejército austriaco, exige algunas explicaciones. Cada uno de los cuerpos de ejército estaba en pié de paz, y el gobierno estaba tan lejos de esperar semejante manifestacion, que muchos fuertes de las montañas se hallaban defendidos solo por un puñado de hombres. Así pudieron fácilmente los insurrectos apoderarse de una fortaleza. La diseminacion de las fuerzas, el estado de paz, la situacion geográfica del país, que se presta admirablemente á una guerra de partidarios, como puede verse en nuestros dibujos, todo esto explica la importancia que no podia menos de tomar la insurreccion.

Pero la llegada del general Auersperg con fuerzas imponentes, no tardó en poner á los insurrectos sobre la defensiva, y el ejército alcanzó desde luego señaladas ventajas.

Las noticias mas recientes de Cerknice dan á conocer las últimas operaciones de la campaña.

Las tropas imperiales hicieron demostraciones agresivas para desviar la atencion de los insurrectos de las columnas Fischer y Kaiffel, que se reunieron en Ledenice, y que tenian que atravesar el peligroso desfiladero de Lovoglova, así como tambien se pusieron en movimiento para apoderarse del desfiladero de Han.

Los últimos combates han producido el efecto que se esperaba, esto es, han permitido á las columnas Fischer y Kaiffel que llegaran sin resistencia á la planicie de Dragah. En la actualidad, los destacamentos de esta misma columna marchan contra el desfiladero de Han, hácia el cual se adelanta por su parte el general Auersperg, para establecer completamente la comunicacion entre las tropas. El coronel de Schonfeld llegó á Braic, y de aquí persiguió hasta la frontera á los insurrectos, que han sufrido pérdidas considerables; luego se volvió á Budna, dejando á su espalda un batallon de infantería.

El desenlace de la campaña no admite ningun género de duda. La insurreccion será vencida, y precisamente porque este resultado es inevitable, el gobierno austriaco debe contemporizar en lo posible con los insurrectos. Así lo ha encargado formalmente el emperador, aunque desgraciadamente las autoridades de Cattaro no parecen hacer el mayor caso de las órdenes del gobierno.

Leemos en la *Tagespost*, periódico que se publica en Gratz, un llamamiento de un oficial austriaco que protesta contra la excesiva severidad de las tropas imperiales respecto de los insurrectos dalmatas.

Hé aquí lo que dice:

« ¡Basta de asesinatos!

» El sentimiento de humanidad, pro-

undamente herido, nos hace dirigir estas palabras á las autoridades de Vienay á sus desdichados plenipotenciarios de Cattaro.

» Hace cuatro semanas que dura en Cattaro la carnicería entre soldados que tienen la conciencia de su deber, y súbditos austriacos no menos honrados y tan fieles como esos soldados.»

Lo que es sembrando odios no pacificará el Austria las poblaciones.

H. V.

Revista de Paris.

Los patinadores parisienses se las prometen muy felices este invierno. El club del bosque de Boulogne se entretiene ya en hacer programas y dispone fiestas nocturnas, para cuando la superficie de los lagos haya tomado la consistencia indispensable para tales diversiones, esto es, «si el tiempo lo permite,» como dicen en España los anuncios de toros. Hasta hoy las bellas esperanzas de los patinadores se fundan lisa y llanamente en los pronósticos de ciertos agoreros que hacen de esto una especialidad para llamar la atención pública, realizando á veces bonitas ganancias. Es un nuevo modo de reemplazar aquellos antiguos almanaques donde se nos decían las variaciones que iba á sufrir la temperatura en todo el año.

Un habitante de Perigueux, llamado M. Nick, se ha distinguido mucho estos últimos días, por el tono afirmativo de sus pronósticos. Este buen señor que, sin duda ha descubierto la piedra filosofal en la oscura ciencia de adivinar la temperatura futura, principia por hurlarse agradablemente de los incautos que fundan sus cálculos en las estaciones anteriores y racionan por analogía, y de los que se apoyan en la emigración de ciertas aves nómadas, pues cree que estas conjeturas vulgares carecen de fundamento y nada significan.

A su juicio la emigración de las aves del Norte hacia las zonas del Sur, anuncia sencillamente que reina el frío en las altas latitudes, y que el suelo se halla cubierto de nieve en esas comarcas, circunstancia que obliga á los pobres animales á buscar su alimento en las regiones templadas. Este es un indicio de frío precoz y nada mas, y el frío precoz no anuncia en manera alguna que el invierno haya de ser rigoroso.

M. Nick expone el sistema científico en cuya virtud se pueden vaticinar las variaciones atmosféricas; y de esta larga exposición resulta, que el frío se hace intenso cuando la declinación de los astros es relativamente elevada, y por consiguiente la resultante de las fuerzas débiles; cuando los puntos astronómicos son poco numerosos y, por último, cuando el sol y la mayor parte de los planetas pasan sobre nosotros durante el día, y la luna «durante la noche,» pues la acción mecánica de la luna disipa los vapores ligeros. El agorero añade que ha deducido estos principios de las publicaciones del observatorio imperial, comparándolas por espacio de algunos años.

Pero digamos cuáles son sus pronósticos.

El invierno de 1869 tendrá analogía con el de 1867, es decir, será muy rigoroso. En todo diciembre tendremos nieves y heladas que no dejarán nada que desear á los aficionados á la temperatura rusa.

En los primeros días de enero continuarán los rigores, que se calmarán hacia el fin con lluvias seguidas.

Febrero será mas accidentado que enero, será húmedo, y relativamente benigno, salvo algunas heladas parciales, sin duda para que no nos creamos en la primavera.

En marzo continuarán las lluvias.

Hasta aquí llegan los pronósticos en que fundan sus esperanzas los patinadores del bosque de Boulogne.

Aparte de esta cuestión de la temperatura, siempre interesante, los parisienses han tenido esta semana otra que tambien les preocupa desde hace algun tiempo y cuyas peripecias señalamos nosotros en estas crónicas.

Nos referimos al inolvidable crimen de Pantin, que tanto está dando que hacer á la justicia francesa.

Ya hemos dicho que el procesado Troppmann habia indicado el sitio en donde se encontraba enterrado el octavo cadáver, esto es, el de Juan Kinck, el padre de la desdichada familia que ha perecido á manos de aquel monstruo.

Las primeras pesquisas no dieron resultado; pero las autoridades no han cesado un punto hasta encontrar esa primera víctima del espantoso drama.

Y acaban de lograrlo.

Figúrese el lector si la noticia habrá tenido eco. Todos los diarios de Paris vienen llenos de pormenores acerca de ese descubrimiento interesante.

Juan Kinck estaba enterrado al pié de dos grandes árboles de un frondoso bosque de la Alsacia, bosque que rodeaba al castillo de Herenfluch, cerca de Cernay, patria de Troppmann, y de Guewiller, que lo es de Juan Kinck.

Este castillo de Herenfluch era el sitio que Troppmann habia recomendado á Juan Kinck para montar la gran fábrica de máquinas inventadas por Troppmann padre, y cuya sucursal debia estar en Pantin, cerca de Paris. La noche del 25 de agosto Troppmann salió al encuentro de Kinck, que iba por el ferro-carril de la Alsacia: cenaron juntos en una fonda inmediata á la estación, dejaron su ligero bagaje

en ella, y desde allí partieron á pié para dormir en el castillo. En el camino recibió un golpe en la nuca, y despues de muerto fué enterrado al pié del árbol. Troppmann volvió á su casa á las tres de la madrugada.

El cadáver se encontró del modo siguiente, el 25 de noviembre á las once de la mañana.

Un tal Heguette, de Wattwiller, que estaba á las órdenes de la policía, es el héroe de este importante descubrimiento.

Heguette marchaba detrás del comisario de Cernay removiendo cuantas piedras hallaba en el camino, pues Troppmann habia dicho que sobre la fosa de su víctima habia puesto una piedra.

De repente distingue un retazo de ropa que sobresale de la tierra; Heguette llama inmediatamente á las autoridades y á los trabajadores, y muy luego descubren el cadáver.

Al punto se detienen y envian despachos telegráficos á las autoridades principales, y mientras llegan las contestaciones confían la guarda del cadáver á Heguette, que constituye allí un puesto de ocho hombres.

La noticia circula al instante, de todas partes acude gente, y en la otra mañana sacan el cadáver completamente desfigurado; pero cuya identidad se reconoció por la ropa que le cubria. Las vísceras fueron enviadas á Paris, y los restos del infortunado Juan Kinck se llevaron á la tumba de la familia.

Troppmann, que se ha propuesto ganar tiempo por todos los medios posibles, dice ahora que ha tenido cómplices, y esto quizás retrase algunos días mas la vista de su causa; pero de todos modos, creemos no se pasará el año sin que la justicia haya aplicado á tan gran criminal el castigo que merece, y que en este caso, el de muerte en el patíbulo, parece poco, tal es el horror que á todo el mundo inspira.

Apresurémonos á cambiar de asunto.

Esta semana se ha publicado el informe dirigido al ministerio de la casa del emperador, por la comisión instituida para el concurso de la ópera: *la Copa del rey de Thulé*, del cual dimos cuenta oportunamente á nuestros lectores.

Quince meses han tenido los compositores para escribir la partitura, que debe representarse en el Teatro de la Opera en el año siguiente al de la decision del jurado.

La asamblea general de los competidores tuvo lugar el 2 de setiembre, los delegados se constituyeron en jurado el 25, é inmediatamente dieron principio á sus reuniones.

Veamos cómo ha procedido este jurado:

«Cuarenta y dos partituras, dice el informe, sin nombres de autores y designadas únicamente por números particulares, fueron entregadas á la comisión. En el primer examen se apartaron todas las que no ofrecían bastante mérito para entrar en concurso y que carecían de toda probabilidad para obtener alguna recompensa. Veinte y una quedaron pues excluidas, y otras tantas hubieron de someterse á un nuevo exámen. En esta segunda prueba sucumbieron doce, y por fin el jurado solo reservó siete, de méritos distintos, pero que exigían un detenido exámen.

» El jurado procedió á un nuevo y minucioso estudio de cada una de estas siete óperas, comparando entre sí las piezas importantes de cada una de ellas, hasta ilustrarse de modo que no quedara en la mente de ninguno de sus miembros la menor incertidumbre, el menor punto dudoso.

» Pero aun hay mas: antes de proceder á la votación definitiva, se revisaron de nuevo las partituras separadas en un principio, y el fallo de la comisión á quien se sometió este cuidado no hizo mas que confirmar el primero.»

Luego habla el informe del solemne instante de la votación. Se comenzó por debatir si habia lugar á conceder el premio, y resuelta la cuestión por la afirmativa, la mayoría de los sufragios, recayó en el número 556, que es la obra que propone el informe para el premio del concurso de la ópera.

Sin embargo, el jurado ha pensado tambien que era justo mencionar cuatro partituras que se recomiendan tambien bajo distintos títulos.

«La primera (Nº 567), considerada como obra musical, es muy notable, y se debe seguramente á la pluma de un músico consumado. En cuanto al concepto teatral, ha parecido bastante defectuosa. El autor se propone un ideal, muy elevado seguramente, pero que resulta incompatible con las necesidades del teatro.

» La segunda (Nº 542) acusa cierta inexperiencia que está compensada con un mérito particular. Por la invención y el giro de la idea melódica, así como tambien por la distinción del estilo, esta partitura ha dejado en la mente de los miembros del jurado el mas simpático recuerdo.

» La tercera (Nº 579) se distingue por el conocimiento de la escena, así como tambien por el profundo estudio de todos los recursos del arte. Sin embargo, se desearían algunos defectos mas, con tal de que hubiera tambien cualidades mas notables.

» Finalmente, la cuarta (Nº 573) se recomienda por un corte excelente y por la habilidad de su orquestación.»

Todas las decisiones del jurado se han tomado por unanimidad, llevando los escrúpulos hasta el punto de que una sola voz disidente impedia que se desechara la partitura. Únicamente al tratarse de la recompensa, se procedió á votar por mayoría absoluta.

En el ministerio de Estado se abrió el pliego sellado correspondiente á la partitura laureada, y que tenia por epigrafe: *La audacia es una palanca con la cual se levanta el mundo*, y resultó ser la obra de Eugenio Diaz, español de origen, segun se dice, y como parece resultar de su apellido,

Por nuestra parte, podemos decir que semejante compositor español de este nombre nos es desconocido; pero no por esto ponemos en duda la nacionalidad del autor premiado, como la ponen muchos. De todas maneras, no tardaremos en salir de dudas, y entonces felicitaremos de todas veras á nuestro distinguido compatriota.

Concluamos con nuestra acostumbrada ojeada á las principales novedades de los teatros parisienses durante la semana transcurrida.

En los Italianos hemos tenido el juéves último la anunciada representación del *Fidelio*, de Beethoven, que no habíamos oído hacia muchos años, desde los tiempos del tenor Calzolari, que dejó Paris por San Petersburgo, y de la Cruvelli, que dejó el arte por un título de baronesa. El teatro presentaba un espectáculo nunca visto. Ocupado en su mayor parte por entusiastas admiradores de Beethoven, se escuchaba con un recogimiento religioso, ó se aplaudía con una unanimidad irresistible. ¡Ay de aquel que se hubiese atrevido á hacer una manifestación en sentido contrario! La semana última decíamos, hablando de los conciertos parisienses, que la música alemana tenia un privilegio tan exclusivo, que hasta la música indígena se hallaba proscrita de los programas; pero á la verdad, no creíamos que los maestros de allende el Rhin hubiesen hecho tan hondos é intrasigentes estragos en el gusto filarmónico de los parisienses, y solo nos hemos convencido en la representación de *Fidelio*.

¿Quién se atreveria á negar, y ni aun siquiera á poner en duda el inmenso genio de Beethoven? Para esto seria preciso no haber oído nunca ejecutar por una orquesta magistral, como la del Conservatorio, la sinfonia Pastoral, ó la Heroica, ú otra de esas composiciones imponderables donde se expresan todos los sentimientos, todas las pasiones de la humanidad, á la par que se describen los múltiples aspectos de la naturaleza, ora risueños, ora graves y terribles y siempre conmovedores por la verdad con que se hallan expresados. Cada obra de estas es un poema donde sin el auxilio de la palabra escrita, el compositor desenvuelve un argumento comprensible, perfectamente claro.

Ahora bien, el teatro tiene otras exigencias, y el aplicar á la música dramática el mismo sistema que á la sinfonia, de la cual se halla excluida la voz que constituye el elemento principal en la ópera, es intentar lo imposible, y contra lo imposible nada puede el genio, aunque este genio se llame Beethoven.

Tal es la impresión que *Fidelio* nos produce, con su ausencia de melodía, con su corte de composición puramente instrumental, donde parece que las voces están de sobra. Apenas aquí y acullá se distinguen algunas claridades en tan densas tinieblas. Por ejemplo, seria injusto no aplaudir el cuarteto del primer acto, y sobre todo el aria de Leonora (*Fidelio*), que es el final; el coro de los prisioneros, en el segundo acto, y el aria de tenor en el tercero; pero aun en estas mismas piezas en que Beethoven ha permitido á la orquesta que ceda un momento el puesto á los cantantes, se nota como un esfuerzo del compositor reñido con la espontaneidad y la gracia. El canto tímido é indeciso, parece que solicita ese absorbente apoyo de la orquesta, que por fin le domina y le sofoca.

La Krauss obtuvo un gran triunfo en el papel de *Fidelio*, que la proporciona una brillante ocasión de lucir sus facultades eminentemente dramáticas. La Krauss, en la tragedia, habia rivalizado con Rachel ó con la Ristori: en el drama lírico tiene contra sí las imperfecciones de su voz, que solo es clara y brillante en los puntos altos, sin lo cual seria una artista consumada.

Fraschini apenas tiene otra cosa que el aria de la cárcel: los demás papeles son bastante ingratos, y sin embargo, Ciampi y Agnesi se esfuerzan en darles el mayor relieve posible. Únicamente la Ricci mereceria algunos consejos que la critica benigna y admiradora de sus juveniles gracias, no tiene nunca el valor de darla.

En cuanto á la orquesta, en el *Fidelio* la corresponde mas trabajo que gloria. No lo extrañemos, y sea dicho sin negar el mérito indisputable que tiene esa gran reunion de profesores: no se toca la gran obertura de *Leonora* con la misma facilidad que las introducciones de Donizetti ó de Verdi, sino que se necesita una costumbre como la que existe desde hace largos años en los ejecutantes del Conservatorio ó de los conciertos populares.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

EL PEREGRINO.

Corria el mundo; y, extranjero, ausente
Del dulce hogar, del patrio cielo azul,
Se pintaba el dolor sobre su frente,
Se agostaba su estéril juventud.

Pálido el rostro, el alma sin amores,
Le cercaba profunda soledad;
Y le era opaco el sol, secas las flores,
Fatigosa la senda, amargo el pan,

Por fin, un día fatigado vino
A golpear á una puerta, y dijo: «Abrid,
Abrid á un solitario peregrino,
Que ya amenaza el temporal venir.»

Dentro dijeron: «¡No hay albergue; siga
Su viaje el extranjero!» Y él siguió:
Y en otra puerta que juzgaba amiga,
Trémulo el brazo, con temor golpeó.

Allí también al infeliz negaron
El pan de la bendita caridad;
Y su voz de congoja no escucharon,
Aunque arreciaba airado el temporal.

Él continuó su solitario viaje,
La frente mística, opreso el corazón;
Y, temeroso de otro nuevo ultraje,
En otra nueva puerta no golpeó.

Transido al fin de frío, el extranjero
Fue su frente á una piedra á reclinar,
Y allí espiró en silencio. — Del viajero
Nadie en el mundo se volvió á ocupar.

¿QUIÉN ERA?

¿Quién era? Yo no lo sé:
Pero, sé que ella era un ángel
Por sus dulcísimos ojos
Y sus perfiles suaves.

Tendido á su espalda el manto,
Y envuelta en negro ropaje,
Era una maga hechicera,
¡Vision celeste y errante!

Triste, en su tristeza dulce,
Como el genio de la tarde,
Como el suspiro del aura
Y el gemido de los mares;

Bella, como la azucena
Que ondula al mecerla el aire;
Gacela de los desiertos,
Palma de los arenales.

Su frente era digna y pura,
Sus labios rojos corales...
¿Quién era? ¡Yo no lo sé!...
¡Solo sé que ella era un ángel!

EL ALMA HUÉRFANA.

No me pidas que arranque de mi lira
Himnos de amores que jamás sentí:
Cuando quiero cantar mi alma suspira,
¿Cantaré entonces, dí?

Mi arpa no exhalará cantos de amores,
Que de amor y placeres nada sé:
¡Ay, á ese templo de sagradas flores
Mi ofrenda no llevé!

¡Un alma hermana, pobre peregrino,
Nunca en mis viajes he encontrado yo?
Así he seguido mi áspero camino:
¡No sé si infeliz soy!

Siempre en la soledad el pecho mío
Gozó de una muy triste libertad:
¡Doquiera hallé dolor y árido hastío,
Porque no supe amar!

Por eso de mi arpa una armonía
Lánguida puedo apenas arrancar:

El pájaro sin aire, luz, ni día,
¿Cómo puede cantar?

Para el alma que no ama no hay fortuna:
¡Es lira mística que enlutó el dolor!
¡Horizonte sin luz, noche sin luna!
¡Es águila sin sol!

¡Por eso no me es dado alzar de amores
Cantos que ¡ay triste! comprender no sé:
Nunca hallé un alma hermana á mis dolores
¿Y nunca la hallaré?

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

1863.

LA VIDA.

Bella es la vida si la noche extiende
Para envolverla su flotante ropa,
Y en éxtasis sin fin que no se entiende
Las amarguras de este mundo arropa.
Con sonrisa amorosa amante tiende
Del ansiado licor la dulce copa
Donde el encanto del vivir se anida
Y entre amor y placer dulce es la vida.

GUILLERMO MATA.

¡Oh! sí: cuán bella lucirá la vida
Para el feliz mortal cuyos dolores
Hallarán tregua en la estación querida,
Do juega la ilusión con los amores;
Donde puede la mente envanecida
Coger aun las inocentes flores,
De recuerdos purísimos brotadas
Por el soplo del mal no marchitadas.

Cuán breves son las horas y los días
Si el genio del amor sus alas bate,
Y éxtasis de dichas y agonías
El corazón espera, sufre y late;
Dichosa edad de penas y alegrías
Mientras la suerte aleve no desate
Ese lazo común y portentoso
Que guarda el equilibrio poderoso.

Pero es amargo, amargo el desengaño
Que ofuscando la mente y los sentidos
Nos hace recorrer año tras año
Los ojos por el llanto humedecidos,
Y caminando á nuestro propio daño
Con vacilantes pasos abatidos
Ver apagarse el sol de la existencia
A despecho del númer y la ciencia.

Triste es vivir como la estéril planta
Nacida en las arenas del desierto,
Esa que airado el ábrego quebranta
Y á quien niegan las auras su concierto:
Su purísimo aroma nadie canta,
Dobla su cáliz desmayado y yerto,
Y muere confundida en la hojarasca
Al ímpetu fatal de la borrasca.

Vivir y contemplar en el pasado
Hundirse las doradas ilusiones,
Como se escapa en sueño evaporado
Un coro de fantásticas visiones,
Seguir en pos de un porvenir airado
Pidiéndole risueñas impresiones,
Y solo hallar al fin de la jornada
Olvido, sombras, vanidad y nada.

¡Ah! ¿nada? No; que Dios omnipotente
Quiso que la esperanza no muriera.
El hombre vive, y mientras vive siente
Un mas allá que devorar quisiera;
La luz, el agua, el aromado ambiente,
La luna cual magnética lumbrera
Todo lleva un destello de otro mundo
Que el alma busca en su penar profundo.

WALDINO DÁVILA DE PONCE.

A MARY.

(DE BYRON)

Y bien, eres feliz. Y yo comprendo
Que debiera cual tú, serlo también,
Que el amor invariable de otro tiempo
Me interesa por tí hoy como ayer.

Y tu esposo es feliz. La dicha suya
Será hiel destilada sobre mí;
Pero si él no te amara, en mi amargura
Mi corazón lo odiara hasta morir.

Cuando yo ví tu mas mimado hijo,
Al romperse sentí m corazón,
Y al sonreirse el inocente niño,
Yo lo besé pensando en nuestro amor.

Yo lo besé... y reprimí un suspiro
Recordando á su padre al ver su faz...
Tiene los ojos de su madre el niño,
Y eso me basta para amarlo ya.

¡Mary, adios! Me es preciso separarme;
Jamás me quejaré si eres feliz...
Mas á tu lado siento que mas tarde...
Mi corazón pertenecerá á tí.

Pensé que el tiempo y mi indomable orgullo
Pronto borrarán mi infantil amor; ¡
Mas salvo mi esperanza, hoy que te busco
Invariable hallarás mi corazón.

¡Ah! yo pensé que el tiempo taladrara
Mi corazón primero que tu faz...
Hora fuera temblar baja de alma,
Y por eso nos vimos sin temblar.

Tu mirada cayó sobre la mía
Sin notarse en nosotros confusión,
¡Y calma taciturna, honda desdicha,
Solo la tuya en mi mirada halló!

¡Lejos de mí, oh, sueños de mi infancia!
¿A qué viene recuerdos evocar?
Corazón infantil, busca la calma,
O rómpete al impulso de tu mal.

JUAN C. ARBELAEZ.

ALIENTO.

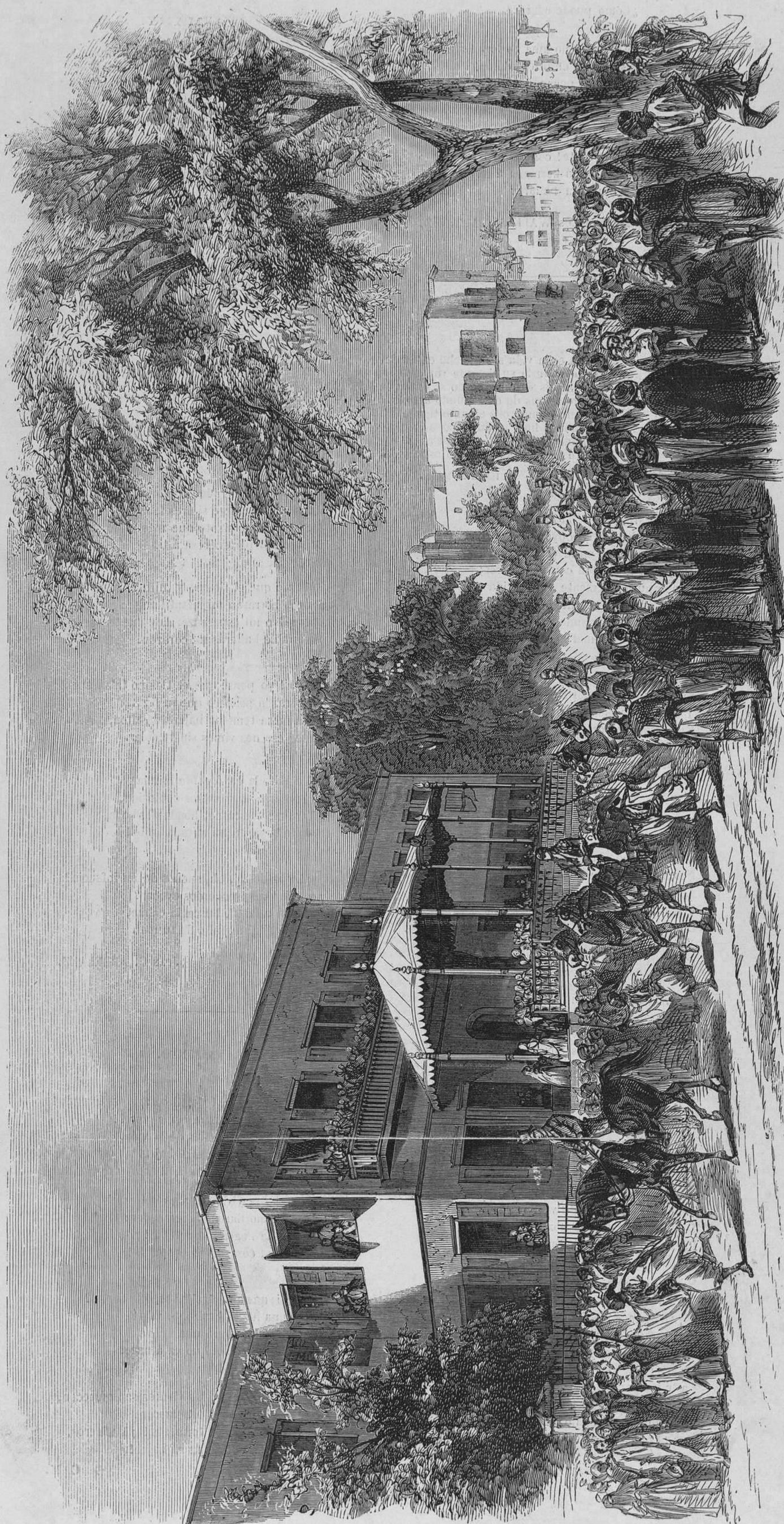
¡Aliento! ¡aliento! ¡El corazón es grande!
¡Fuerza es lidiar para ceñir laurel!
¡Adelante en las ondas de la vida,
Brazo al timón y velas al bajel!

Muy larga y dolorosa es la jornada,
El sol va moribundo á descender:
¡Se enluta negro el porvenir! ¡No importa!
¡Bástale al corazón su propia fe!

¿Decís que las estrellas se eclipsaron?
¿Ninguna luz al horizonte veis?
¡Mañana alumbrará una nueva aurora,
Mirad al nuevo sol que va á nacer!

Se irrita el mar, los vientos se enfurecen,
Y se siente la nave estremecer:
¡Qué hermosa es la tormenta! ¡Marineros,
Brazo al timón y velas al bajel!

G. M.



Inauguración del canal de Suez. — Viaje de S. M. la emperatriz. — Llegada de S. M. al Cairo.

Hotel Spephard.

Arbol á cuyo pié fué asesinado Kleber.

Consulado de Inglaterra.

Inauguración

DEL ISTMO DE SUEZ.

Hé aquí el hecho consumado. La unión de los dos mares es una realidad. La flota de inauguración que salió el 17 de Puerto-Said, fondeó el 20 á las once en Suez.

Vamos á dar la relación mas completa que nos sea posible de este acontecimiento memorable, resumiendo los despachos telegráficos que se han venido sucediendo estos días en la prensa parisiense:

« Puerto-Said 16 de noviembre, á las 3 y 15 minutos de la tarde. — La emperatriz ha llegado esta mañana. El emperador de Austria se halla en Puerto-Said desde ayer. Mañana saldrá para Ismailia. »

El día 16 debia dedicarse á visitar á Puerto-Said. El *Shipping and mercantile Gazette* ha recibido por el cable el siguiente relato de las fiestas del primer día:

« Puerto-Said 16 de noviembre. — Las fiestas de la inauguración del canal de Suez han empezado con ceremonias religiosas al aire libre que han celebrado los ulemas musulmanes y los sacerdotes católicos. Esta última ceremonia ha terminado con la bendición del canal y un discurso de Monseñor Bauer, capellán de la emperatriz. Monseñor Bauer ha felicitado á los que asistían á la terminación de la obra, y ha dado las gracias al khedive, que ha inmortalizado su reinado con su cooperación en una de las mas grandes empresas del siglo. El orador se ha extendido despues sobre la completa libertad concedida á los cristianos por el soberano de Egipto, y ha dado las gracias á la emperatriz Eugenia por la profunda simpatía que ha manifestado por la obra, á M. de Lesseps por los perseverantes esfuerzos que han asegurado la terminación del canal, y á los príncipes y representantes de las diversas potencias extranjeras por su presencia en estas fiestas. »

» No ha cesado de reinar el mayor entusiasmo. Se hallaban presentes el khedive y sus ministros, la emperatriz Eugenia, el emperador de Austria, los príncipes de Prusia, de Holanda y de Hesse, y los representantes de todas las naciones asi como un inmenso concurso de personas distinguidas. »

La escuadra de inauguración salía de Puerto-Said el 17 por la mañana para Ismailia. Esta primera parte del viaje de inauguración era anunciada por los siguientes telégramas:

« Ismailia 17 de noviembre á las 8 y 15 minutos de la noche. — Ha fondeado en el lago Timsah el *Aigle*, que conduce á la emperatriz. Los vapores del emperador de Austria, del príncipe Real de Prusia y del príncipe Enrique de los Países Bajos se hallan igualmente delante de Ismailia. Todos estos buques han sido saludados á su llegada por el aviso francés *Salamandra* y por tres buques de guerra egipcios procedentes del mar Rojo. — FERNANDO DE LESSEPS. »

Otro telégrama enviado por el secretario general de la Compañía, confirmaba el 18 por la mañana esta noticia.

« Ismailia 18 de noviembre á las 8 y 20 minutos de la mañana. — Entrada magnífica de la escuadra en Ismailia, precedida por el *Aigle* y el yacht del emperador de Austria. Esta mañana habia de 30 á 40 buques grandes en el lago. Mañana por la mañana se saldrá para Suez. — PABLO MERRUAU. »

Finalmente, otro telégrama decia lo siguiente:

« Ismailia 18 de noviembre á las 2 y 43 minutos de la tarde. — Hay fondeados en el lago Timsah 43 buques. El *América*, vapor del Lloyd austriaco, de ruedas y de 62 piés de anchura, ha llegado de Puerto-Said durante la noche. Grande afluencia, numerosos capitanes marinos. Todo

el mundo está convencido de la facilidad del paso. — FERNANDO DE LESSEPS.»

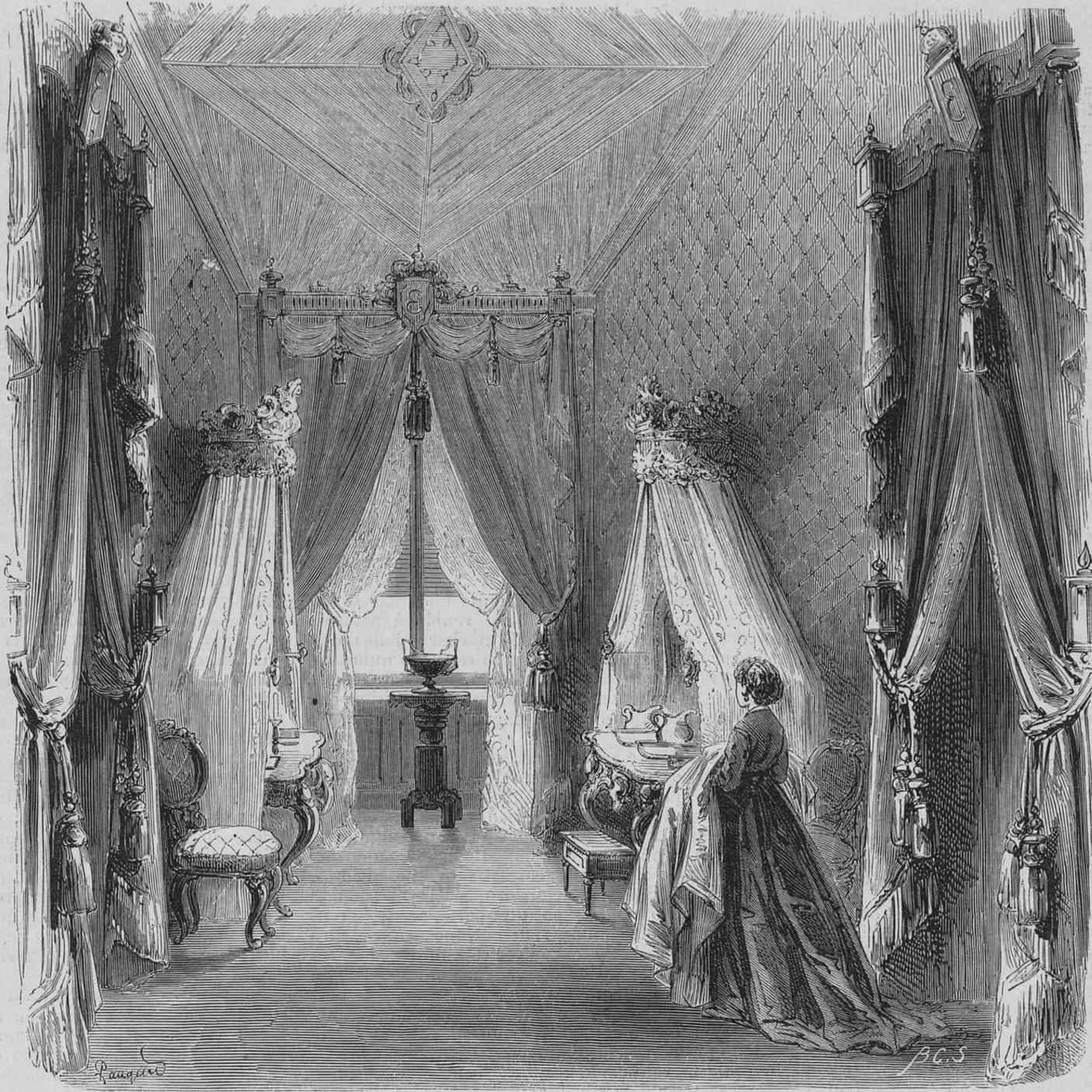
El América es un vapor de 850 toneladas, tripulado por 50 hombres y movido por una máquina de 400 caballos.

Los telégramas publicados por los periódicos dan otros detalles.

El Journal officiel dice en su número del 18:

« La emperatriz ha llegado esta mañana a Puerto-Said á las ocho, y ha recibido las visitas del khedive, del emperador de Austria, del príncipe real de Prusia, del príncipe Enrique de los Países Bajos y su esposa, de los embajadores de Inglaterra y de Rusia en Constantinopla y de la oficialidad de las escuadras inglesas, así como de los comandantes de los buques rusos, suecos, noruegos, daneses y españoles. A las tres S. M. ha desembarcado para asistir al Te-Deum y á las oraciones musulmanas que se han cantado para la inauguración del canal. Por la noche todos los buques estaban iluminados, y se han disparado fuegos artificiales en la entrada del canal. »

« Ismailia 17 de noviembre. — El Aigle, seguido de unos 40 buques, acaba de fondear en Ismailia,



Viaje de S. M. la emperatriz. — Gabinete de tocador de S. M. en el palacio de Ghesireh.

después de haber cruzado la primera parte del canal. »

De otros telégramas fechados en Ismailia extractamos las siguientes noticias:

« Ismailia está de fiesta. Una iluminación general y unos fuegos artificiales han saludado la llegada de los augustos viajeros. »

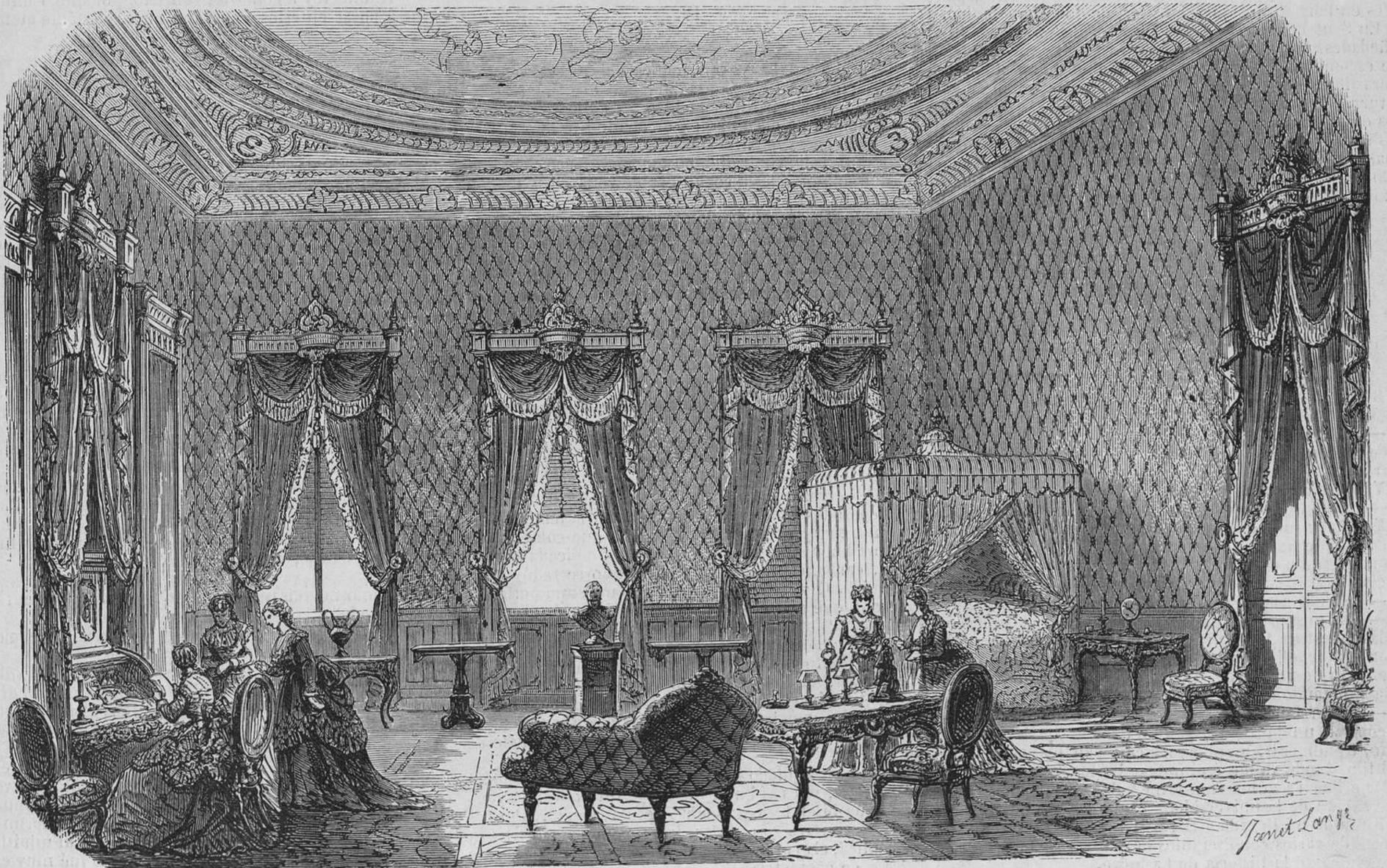
El khedive ha visitado por la noche la ciudad en carretela descubierta, acompañado de su hijo el príncipe heredero.

M. de Lesseps ha obsequiado con un banquete á los individuos del congreso mercantil, á las juntas de comercio y á los administradores del canal de Suez.

El canal está en todas partes en buenas condiciones de profundidad.

Todas las nacionalidades del mundo están representadas en Ismailia.

El yacht imperial el Aigle, dicen los periódicos ingleses, que lleva á bordo á la emperatriz Eugenia, los yachts reales en que van los príncipes de Austria, de Prusia y de Holanda, la Psyché con los embajadores ingleses y el almirante, seguida del Newport y el Rapid, formando una escuadra de 40 buques, han llegado esta tarde de Puerto-Said y se hallan actualmente anclados.



El palacio de Ghesireh, residencia de S. M. en el Cairo. — Dormitorio de S. M.

El viaje al través de esta mitad del canal se ha efectuado en ocho horas. Han llegado hoy igualmente de Suez á Ismailia cuatro vapores de muchas toneladas. El canal marítimo ha sido recorrido pues en toda su longitud por buques de mar.

Se celebran grandes fiestas y regocijos. Ismailia está iluminada de una manera espléndida.»

El *Correo de Marsella* recibió el siguiente telégrama: «Ismailia, juéves 18 de noviembre. — El *Aigle*, el *Pelusa*, el *Europa*, el *Touareg*, el *Thabor* y otros cuarenta buques han llegado á Ismailia. Mañana se saldrá para los lagos Amargos. Exitos completos.»

La escuadra debía salir en efecto de Ismailia por la tarde, pasar el cerro de Serapeum y fondear en el extremo de los lagos Amargos para entrar el día siguiente en Suez.

Hé aquí los telégramas que han anunciado la ejecución de esta parte del programa:

» Ismailia 19 de noviembre á las 9 y 30 minutos de la mañana. — Toda la escuadra de inauguración, precedida por el *Aigle*, sale despues de medio día para ir á fondear antes de anochecer en el faro Sud de los lagos Amargos, y entrar mañana por la mañana en el mar Rojo. — FERNANDO DE LESSEPS.

Kebret 19 de noviembre á las seis de la tarde. — Ha fondeado el *Aigle* con toda la escuadra en el faro Sud de los lagos Amargos á las 4 y media. — FERNANDO DE LESSEPS.

Suez 20 de noviembre á las 11 y 60 minutos de la mañana. — El *Aigle* ha fondeado en el mar Rojo.»

La inauguración del canal, lo repetimos, es pues un hecho consumado.

Ahora nuestros lectores nos permitirán que demos hácia atrás algunos pasos. Los dibujos que hemos recibido son tan numerosos, que nos ha sido imposible darles cabida al mismo tiempo.

Entremos en el famoso palacio de Ghesireh, que ha ocupado la emperatriz, cuyo exterior hemos dado ya á conocer en este periódico.

Hé aquí el dormitorio de estilo Luis XV, y con todas las riquezas del lujo de nuestros días. Cama de hierro dorado envuelta en un mosquitero de raso azul y gasa blanca; colcha de encaje; colgaduras de los balcones por el mismo estilo; luego una mesa, y delante de la ventana una estatuilla de plata que representa al príncipe imperial y el busto del emperador.

Pasemos al tocador, y veremos si los egipcios conocen las riquezas. Aquí domina el estilo Luis XIV con ciertos detalles de ornato turcos y árabes. En el techo y los cortinajes raso azul y en el tocador raso de color de rosa cubierto de muselina bordada.

¿Necesitamos añadir que cada mueble es una maravilla de trabajo y de lujo?

Vamos á concluir con un recuerdo á los convidados del virey.

Uno de nuestros corresponsales nos escribe de Syut, capital del alto Egipto, y nos envía un dibujo de los hipogeos notables que se encuentran en esa antigua ciudad. Allí, como en todas partes, la acogida y la estancia han sido muy agradables. Visitas á los bazares, paseos en borrico, banquete, bailes, de todo han tenido.

En Syut comienza el alto Egipto. En punto á antigüedades, la ciudad no tiene otra cosa que un monton de escombros, y sus hipogeos, que abiertos en la cordillera líbica, suben como por pisos hasta la mitad de su altura. Los unos han sido explotados como canteras, y los otros han servido de sepulturas. El principal de estos subterráneos se halla enfrente del camino, y lo que mas sorprende al entrar en él, es la vista del techo adornado con estrellas amarillas sembradas en un fondo azul.

H. V.

Los dos millonarios

POR ZSCHOKKE, TRADUCIDO DEL ALEMAN.

(Continuación.)

— ¡Cómo has engordado! ¡vaya que te has vuelto todo un señorón! ¿Qué númen amigo te conduce á Hard?

Y al decir estas palabras me abrazó diciendo:

— Sé bien venido, amigo; pues ¿no me conoces?

Yo estaba todo cortado: mas al cabo me vino un vago recuerdo de haberle visto en alguna parte, aunque no tenia presente dónde; pero de repente lo conocí, y exclamé:

— ¿Seriais acaso Enjelberto?

— ¡El mismo! me contestó, y luego me recordó todas nuestras travesuras de universidad. Echéle los brazos al cuello, y olvidé todo lo malo que sobre él acababan de referirme. En esto llamó á un niño que estaba jugando en un campo, y le dijo:

— Ve corriendo á mi mujer, y dile que acabo de encontrar un hermano, y que lleve inmediatamente vino, frambuesas, manteca fresca y pan blanco debajo del tilo, donde vamos á almorzar juntos.

Referíle en seguida cuanto me había acontecido desde que saliera de la universidad, el motivo de mi viaje y la causa de mi llegada á Hard. Hablamos despues de la suerte de varios discípulos de universidad, y entre otras le conté la historia de Casimiro.

— Y de tí, ¿qué diremos? le pregunté,

— ¿De mí? ya lo estás viendo, replicó Enjelberto sonriéndose. Ya ves que soy un labrador, y alcalde además de la aldea.

— Pero ¿cómo es posible que con tu sumo talento hayas venido á empozarte en este rincón desconocido de la tierra? ¿Has venido aquí por tu propio albedrío?

— Sí por cierto.

— Y ¿hace mucho que vives en esta aldea?

— Ya hace diez y nueve años; y te aseguro que estoy contento con la suerte que me ha cabido.

— Pero, cuéntame por Dios cómo ha sido.

— Lo dejaremos para otro rato; pues ya veo á mi mujer junto al tilo. Ven pues conmigo, que almorzará con toda la familia.

Seguimos pues nuestro camino, y llegamos al tilo, á cuya sombra estaba sentada una hermosa mujer, de unos treinta años, vestida sencillamente de aldeana; un niño de unos seis meses estaba durmiendo en sus brazos; otro niño de año y medio estaba sentado á sus piés recogiendo las flores que le iba echando otro de cuatro años; hermoso como un sol, de megillas rosadas y rubia cabellera; y otro dos niños, el uno de siete, y el otro de diez años, estaban de pié detrás de su madre, cada uno con un libro en la mano, mirándome con muestras de curiosidad.

Enjelberto me presentó á su mujer, que me saludó con afecto: sentámonos todos sobre la verde yerba, y empezamos á almorzar. Pero, hablando francamente, por mas que estaba viendo la dicha de mi amigo, me parecía un sueño, pues no acababa de persuadirme de que aquel Enjelberto, el discípulo mio mas sobresaliente de la universidad, hubiese venido á parar en labrador. Verdad es que ya desde muchacho habia mostrado ciertas ideas singulares; pero con todo nunca me hubiera imaginado que tanto talento se sumiera en una aldea, desentendiéndose de la carrera brillantísima que la suerte y sus extensos conocimientos pudieran haberle proporcionado.

Su Augusta, que así se llamaba su mujer, y sus hijos le miraban con indecible ternura, y conocí que él les profesaba el propio cariño. ¿Cómo cabía que ese hombre fuese tan egoísta, tan malvado y cruel como acababan de pintármelo. Y con todo, sus riquezas (pues le apellidaban el millonario) se me antojaban cuando menos sospechosas; pues me constaba que sus padres, cuando estudiaba en la universidad, no disfrutaban mas que un mediano pasar; y por otra parte, su traje sencillo, en medio de tantas riquezas, me parecía otro enigma. A pesar de tan encontradas reflexiones, seguí la conversacion lo mejor que pude, y resolví calar á todo trance aquel hombre singular.

— No me es posible hospedarte en mi choza, me dijo Enjelberto; pues no tengo lugar ni aun para mi familia. Pero en la posada contigua estarás perfectamente, como que he construido allí unos baños para utilizar las aguas termales; y como no ha entrado todavía la temporada de los baños, podrás allí escoger el aposento que mas te agrade.

IV.

Mi coche estaba ya en manos del carretero, y mi criado en las del cirujano; habiendo el primero prometido, á una señal que le hizo mi amigo, recomponerle dentro de doce días; y el facultativo dijo que en una semana se hallaria mi criado restablecido. Confieso que este contratiempo me vino perfectamente, porque me ofrecia la coyuntura de conocer á fondo á Enjelberto.

Cuanto iba descubriendo en aquel hombre extraordinario me interesaba mas y mas, convenciéndome al mismo tiempo de que poquitos mortales llevaban una vida mas pura y venturosa que la suya. Su casita era igual á la de los demás labradores, solo que estaba situada en medio de un jardín y un huerto muy bien cultivados. En el interior reinaba una sencillez que casi rayaba en pobreza, y el cuarto donde se reunia la familia no tenia mas muebles que dos mesas y bancos de abeto, un péndulo de madera en la pared y un espejillo. No solo Enjelberto, sino tambien su mujer é hijos, dormían en colchones de yerba y musgo en varios cuartitos. Las sábanas eran de tela basta, pero blancas como la nieve; los platos eran de barro, las cucharas y tenedores de palo. El agua y la leche, con un poco de cerveza, eran su bebida ordinaria. Un día en que de todos modos quise comer con la familia, me sirvieron manjares sabrosos y limpios, que consistieron en una buena sopa, verdura tierna y delicada y vaca asada, con pan prieto y cerveza; á esto se redujo toda la comida. Confieso no obstante que me supo perfectamente, y que en toda mi vida no comí mas á mi gusto. La amabilísima madre que tenia enfrente, rodeada de sus cinco angelitos rubios y de rosadas megillas, el sabio Enjelberto con su buen humor y sus dichos agudos y atinados; la charla inocente de los niños y su buen apetito; la alegría é íntima satisfacción de todos: todas estas circunstancias me embelesaron en extremo, y tanto, que aquel convite me pareció un banquete de los dioses.

Solo en el llamado laboratorio de Enjelberto reparé cierto lujo; pues vi en él un escritorio junto á la ventana, una biblioteca pequeña, pero escogida, algunos mapas terrestres y celestes, las máquinas eléctrica y neumática, el aparato magnético y otros instrumentos de física y de geometría. Este laboratorio servia al mismo tiempo de escuela á los niños, pues él mismo les instruía,

y de tocador á su esposa, que tenia allí el piano y sus vestidos en los estantes vacíos del armario, donde el marido guardaba sus muestras de mineralogía.

— ¡Bien está todo eso! exclamé; pero tu familia se va á ver aquí muy estrecha, querido Enjelberto; ya es tiempo de que pienses en ensancharte.

— Todavía podemos pasar otros diez años de este modo, replicó Enjelberto. Verdad es que el templo de nuestra felicidad es pequeño; pero la felicidad que en él se disfruta es muy grande. Tenemos mas de lo que necesitamos.

— Y con efecto debes de ser feliz, Enjelberto.

— ¿No ves esas joyas? exclamó, señalando á su mujer é hijos. ¿No ves qué salud, qué lozanía? Y ¿qué diremos de las almas que animan á esos cuerpos? No dudes que son aun mas hermosas que ellos. Aquí está mi reino, mi república, mi todo. Aquí disfruté yo la vida en toda su realidad, y no en apariencia, como las disfrutais vosotros en los palacios, en las ciudades lujosas y miserables, y en las pobres aldeas. Aquí hallo cuanto necesito, y aquí mismo se explaya la actividad de que me dotó el cielo. Vivo separado de la brillante miseria de la cultura europea; mas no de las galas de la humanidad. ¡Mira! ¡aquí están los hombres inmortales! (dijo señalando los libros de sus estantes). Mía es la naturaleza, mía la magnificencia de Dios, mía la eternidad. ¿Qué mas puedo desear?

Estaba yo tan conmovido, que no pude contestarle, y le estreché la mano. Con efecto, ¿qué hubiera podido responderle? ¿Que era un entusiasta? ¿Pero á qué? ¿Acaso no tenia razon?

Pasmóme su actividad; pues además de cuidar por sí mismo de sus tierras y de la administración, que le daba muchísimo que hacer, destinaba diariamente algunas horas para leer y escribir y para dar lección á sus dos hijos mayores, los cuales tenían ya muchos conocimientos, porque su padre les decia la verdad y los verdaderos nombres de cuanto deseaban saber. Así es que apellidaban los árboles, las yerbas, las diversas especies de piedras que se veían por aquellos contornos, con su nombre científico, porque no habían aprendido otro; jugaban con el prisma, con la electricidad, el microscopio, y se explicaban por sí mismos muchos fenómenos de la naturaleza. Señalaban en el cielo con los dedos los planetas y los astros principales, porque los conocían y los tenían siempre á la vista. El niño de siete años afirmaba con ahínco que el sol era un mundo mas hermoso que este; pero de la luna no decía mucho bien, aunque gustaba de mirarla con el telescopio del padre.

Así como Enjelberto cuidaba de todos los negocios externos y de la educación de sus hijos, del mismo modo Augusta, su mujer, estaba al frente de los quehaceres de la casa, dominando en ella sin contraste, como que hasta Enjelberto en esta parte estaba absolutamente á sus órdenes.

— Pero, dime, por Dios, ¿qué es lo que te ha traído aquí? pregunté por segunda vez á Enjelberto una mañana que nos hallábamos solos.

— Ahora voy á contarte, contestó, por qué caminos vine á parar en estos sitios: oye pues, y estáme atento.

V.

— Yo salí de la universidad un año despues que tú la hubiste dejado, dijo Enjelberto. Bien es verdad que mi tutor me habia mandado seguir los estudios un año mas; pero yo, desentendiéndome de sus mandatos, embolsé treinta doblones, viajé por la Alemania y los valles de Suiza, traspuse los Alpes, pasé á Paris, de allí fui á Provenza, me embarqué, pasé á Nápoles, de Nápoles, pasé á Roma, luego á Viena, y de allí regresé á mi casa. Tras este viaje, todavía me quedaban dos doblones en el bolsillo; pues por lo mas fui á pié; bastábanme, para comer, pan y agua, de vez en cuando un vasito de vino, y hacia noche en establos y pesebres, posada que me salia de balde.

Casualmente regresé á mi casa cuando se disponían á anunciar mi pérdida en los periódicos. Mi tutor me recibió muy enojado; mas yo le dije que un viaje en tierras extrañas vale tanto ó mas que un año de universidad. Me examinaron, alabaron mis conocimientos, y me prometieron una buena colocación. Pasó un año, y habiéndose ofrecido un destino que creia poder desempeñar, lo solicité; pero dijéronme que, con todo mi saber, era demasiado jóven, y que esperase. Bien está, dije para mí; esta es una falta que va á menos cada día. Pasó otro año, y solicité otro empleo de menos importancia; mas el sugeto á quien lo pedí me dijo:

— ¿Cómo no vais mejor vestido? ¿cómo os presentais de ese modo?

— Respondíle: Muy señor mio, el Estado me pide buenos servicios, que no buenos vestidos.

Aquel sugeto tomó á mal mi respuesta y me despidió. Sobrevino á la sazón una contienda entre nuestra córte y otra vecina sobre la propiedad de unas abadías secularizadas; hablábase mucho en pro y en contra de nuestro derecho, y el público se inclinaba á darlo á la parte contraria. Esto picó mi curiosidad, empecé á escudriñar archivos, y hallé razones concluyentes á favor de nuestra córte. Pertrechado con estas armas, me puse á escribir una defensa en derecho, la mandé imprimir con los documentos justificativos y la remití al ministerio con una dedicatoria al rey. Este trabajo fué muy celebrado, y me enviaron en premio una orden de mérito, esto es, una cinta de dos palmos para el ojal de

mi casaca, y segun me informaron despues, fundaban en mí grandísimas esperanzas. Pero desgraciadamente no supe qué hacer de aquella cinta, y por tanto la devolví, diciendo que no habia escrito la defensa por vanidad ni interés, sino por el amor que tenia á la justicia. Este paso fué altamente desaprobado, y con especialidad en la córte lo tomaron muy á mal. El primer ministro me dijo que yo era un loco, que habia caído en desgracia del rey, y que por de contado tenia que orillar todas mis pretensiones.

Este desengaño coincidió casualmente con la muerte de mi tutor, que se dió al diablo cuando llegué á ser mayor de edad, pues además de una gran parte de su patrimonio, habia acabado con todo el mio. Lo sentí muchísimo, por él mas que por mi dinero; y si me lo hubiese dicho francamente, le hubiera perdonado la deuda. El tribunal mandó vender los bienes que aun le quedaban, y de toda la herencia paterna no heredé mas que ocho mil florines, pues á esto se redujo cuanto dejó el tutor. Una hija suya quedó huérfana y desamparada; dolíme de verla en aquel estado. Yo ya soy hombre, dije entre mí, puedo ganarme el sustento, y esa niña desvalida necesita mas que yo este dinero. No bien hube hecho esta reflexion, coloqué aquel pequeño capital en buenas manos, mandé pagar los intereses á la niña hasta que se casara, y que se destinaran para su manutencion y lo demás necesario.

Tomadas estas disposiciones, llegó ya el turno de pensar en mi persona. Lo que es el Estado, no pedia mis servicios; yo me habia brindado, no precisamente para ganar dinero, sino para lograr un círculo donde pudiera explayar mis fuerzas; mis ruegos habian sido desoídos. Yo queria ser útil, como ya muchas veces lo habia manifestado, añadiendo además que serviria un empleo de balde, como me permitiesen vivir y vestirme á mi modo. Todo fué en vano; riéronse de mi propuesta.

Así pues sacudí el polvo de mis zapatos, vendí cuanto tenia, y abandoné mi patria con la esperanza de ser mejor conocido en otra parte. Tenia conmigo bastante dinero para poder vivir años enteros corriendo mundo, pues contaba en mi bolsillo hasta cuarenta doblones.

Cuando de muchacho iba á la escuela, leí un libro cuyo título era: *Cómo se prescinde de lo imprescindible*; y que hizo en mí ánimo suma impresion. Aquel libro me movió á reflexionar sobre las muchísimas necesidades que el hombre se impone y de que pudiera prescindir, constituyéndose, á trueque de satisfacerlas, vil esclavo de los demás hombres, victima del menoscabo y presa del dolor. Cuantas menos necesidades tenga el hombre, menos deseos, menos desvelos, menos zozobras, menos dolor. El hombre mas libre es el que menos depende de las circunstancias, hábitos y comodidades. Aquel librito terminaba con estas palabras: ¡No te atengas mas que á la sustancia, y abandona á los mentecatos la triste felicidad de las apariencias!

Ya desde muchacho empecé á seguir esta doctrina. Cumplia con mi obligacion, pero me negaba secamente á admitir los elogios del maestro; por la noche dormía sobre una silla junto á la cama; no tomaba ni té ni café, ni vino ni cerveza, y contentábase con agua pura. Así es que no necesitaba ni aun la décima parte del dinero que el tutor ma enviaba para mi manutencion y porte, y empleaba lo sobrante para comprar á mis discípulos pobres los libros y los mapas de que carecian. Celebré en gran manera pasar en fin á la universidad para venir á ser dueño absoluto de mi persona. Ya te acordarás que viví en ella con mucha sencillez; de aquí es que me tenían por pobre, y eso que tenia lo superfluo y ayudaba con él á mis amigos; otros mucho mas ricos que yo se hallaban agobiados de deudas.

Al salir de la universidad, esta vida tan sencilla no mereció mas que vituperios en la ciudad de mi naturaleza; quisieron forzarne á comer mejor, y yo estaba satisfecho con la dieta parca que usaba. Vestíme con sencillez, aunque á la moda; y me tildaron de original; por donde quiera hacia mi deber, pero no adulaba á mis superiores; me trataron de genio áspero y bravo. Yo queria valer algo por mí propio, y querian precisarme á parecer algo con mis vestidos, mi lujo, la lisonja y otros artificios. No tomaba polvo ni fumaba, no entendia ningun juego de naipes, no conocia mil cosas, para ellos imprescindibles, y me trataban de loco. En una palabra, yo seguia obrando por todas partes á tenor de mi convencimiento, me contentaba con poco, socorria á muchos con lo superfluo, siempre estaba alegre y placentero, nunca desazonado, nada me faltaba, sino es un círculo donde pudiera explayar la pujanza de mi alma. No quisieron darme por mas que lo pedí, solo porque no me asemejaba á las otras gentes. Por fin tambien esta negativa vino á serme indiferente, porque no necesitaba de los demás para labrar mi felicidad y contento. ¡Ay de aquel que pide su felicidad á los demás, y que no la halla en proporcionarla á los que le rodean!

VI.

Ya hacia tres meses que andaba recorriendo esta bendita tierra de Alemania, y aun no habia hallado nada; pues por donde quiera me encajaban un *pero*. Vaya que es mucha locura, decia entre mí, la de esas gentes que no quieren absolutamente sacar provecho de un hombre que solo les está pidiendo ser de alguna utilidad. Ya habia resuelto ir á Lóndres para pasar desde allí al interior de Africa y civilizar á aquellas gentes; y con efecto, me puse en camino para Inglaterra.

Una tarde llegué algo cansado á una posada de una ciudad; y para pasar el tiempo cogí un diario de avisos que habia sobre la mesa y empecé á leerlo. Llamó desde luego mi atencion un aviso que anunciaba hallarse vacante la plaza de maestro de escuela de una aldea, dotado de trescientos reales, casa franca, leña y uso de tres fanegas de tierra. Ocurrióme al punto que aquella plaza era lo que me convenia. ¡Maestro de escuela! exclamé. ¿Cabe vocacion mas trascendental? ¿No podia acaso con tal destino venir á ser el reformador de toda una aldea y labrar la felicidad de muchos desgraciados? ¡Cuánto bien podia hacer, así en moral como en religion, así en la labranza como en la economía doméstica! ¿Y la paga? Verdad es que era mezquina, pero á mí me bastaba. ¿Acaso pueden pagarse los buenos servicios, el mérito verdadero? ¿Tiene premio por ventura la virtud en los Estados? Los sueldos que allá arroja el Estado son proporcionados al lujo y á la representacion de los destinos, mas no á su utilidad y trascendencia. Creen las gentes que para ser maestro de escuela de una aldea se requieren poquísimos conocimientos, como que se destina para labradores; y de aquí la escasa paga. Pero un maestro de ceremonias, una camarista, un mayordomo de palacio, un cantor, una bailarina, un palaciego mentecato, eso ya es otra cosa; los tales merecen una paga mas subida que todos los maestros de escuela juntos.

Luego que hube hecho estas reflexiones, fui y solicité la plaza de maestro de escuela de Hard. Examinaron mis papeles y certificados, y me tuvieron por un estudiante disoluto y prófugo. En cuanto á mi habilidad en leer, escribir, contar y cantar, nada tuvieron que oponer; pero con todo eso me ponian mil reparos, pues claro está que, segun el curso ordinario de las cosas, nadie que sepa leer y hablar seis lenguas solicita una plaza de maestro de escuela de aldea. Así que dudó que me hubiese llevado este destino, si casualmente se hubiesen presentado mas candidatos, pues el único que tuve fué un sastre viejo é ignorante.

— Oiga Vd., dijo el presidente de la comision de escuelas: le daremos á Vd. la plaza que solicita, pero tan solo para un año y por via de interinidad, y durante este tiempo sabremos á qué atenernos sobre su moralidad y buenas costumbres.

De este modo recibí el destino que pretendia, y bajo este concepto me dieron el despacho, dirigido al reverendo señor cura párroco Polo de Hard, que habia de instalarme en mi empleo.

Quedé yo muy contento y desde luego me encaminé á Hard para ver el teatro de mis afanes. La casa que se me destinaba era una choza arruinada, mas puerca que una pocilga; las ventanas con vidrios de papel; mi cuarto de dormir era una cueva lóbrega sin abertura ninguna; el huerto estaba cuajado todo de maleza; y las tres fanegas de campo lo mismo. ¡Qué perspectiva tan halagüeña para mi genio activo!

El reverendo señor cura me recibió con mucha gravedad, me dió santos consejos, y en el domingo inmediato por la tarde me presentó á toda la juventud reunida á quien hizo severas exhortaciones. Este buen hombre, celoso ortodoxo, predicaba cada domingo con vehemencia contra los incrédulos, explayábase cada quince dias sobre las penas del infierno, hacia cada mes una pintura del cielo, y hablaba del juicio final de tres en tres meses. No obstante, en todos los demás dias de la semana era un hombre muy adocenado que no se curaba del bienestar de sus feligreses, se daba por satisfecho cuando se acordaban de su cocina en casamientos y bautizos.

Todo el territorio parecia yermo; no faltaban disputas, riñas ni pleitos; no habia casa que no estuviese agobiada de deudas; la gente era disoluta, holgazana, pendenciera; la labranza y la cria de ganado se hallaba en el mayor abandono. El único que iba medrando con tal estado de cosas era el alcalde de la aldea, que tambien tenia posada, y por tanto maltrataba á los labradores que no concurrían asiduamente á la taberna.

Las chozas miserables y sucias, el aspecto desaseado de los aldeanos y sus mujeres, la esquivez y el abandono de los niños vestidos de harapos: todo en una palabra me estaba diciendo que aquí debia pararme para seguir mi vocacion en beneficio de la humanidad desdichada. Así es que saltaba en mi choza de pura alegría como un loco, y toda la escuela temblaba con mis brinco.

Siendo escasos los fondos de la escuela, mandé reparar por mi cuenta las ventanas y blanquear las paredes, limpié y froté puertas, mesas y bancos, compré lienzo para sábanas, llené un colchon de musgo, cavé el huerto, lo puse en estado de cultivo, é hice lo mismo con las tres fanegas de tierra, compré una cabra que coloqué en el establo, y que me dió leche de balde porque la enviaba á pacer en la dehesa de la parroquia.

Al cabo de poco tiempo estuve muy bien hallado con mi nueva morada, que vino á ser mas aseada y limpia que la del señor cura; y los aldeanos mostraban tanta extrañeza con mi pobre aseo como yo con su rica porquería.

VII.

Luego que me hube arreglado la casa lo mejor que pude, empecé á dedicarme á la crianza de mi querida juventud. Venian niños y niñas á la escuela todos sucios y revueltos como una piara de cerdos que salen de la pocilga. Empecé á acostumbrarles uno á uno á saludarme y alargarme la mano cuando entraban en la es-

cuela; y el que se presentaba sin lavar tenia irremisiblemente que ir al arroyo de enfrente de mi casa. Las manos y los piés habian de estar tan limpios como la cara. Venian los mas sin peinar y con unas largas greñas que los afeaban en extremo; mandé que se presentasen con el cabello peinado y compuesto. Al principio se echaron á reir en mis barbas, pero yo curé esta risa con el palo. Rogué al señor cura que me ayudara y que reforzara en un sermón mis exhortaciones y conatos á favor de la limpieza; mas él se paró á mirarme como pasmado, y me contestó:

— Eso no atañe á la religion, cuide Vd. de sus quehaceres, que yo ya sé los míos.

No obstante, el palo me sirvió maravillosamente para desterrar las greñas.

Llegóme luego la vez al vestido. Claro está que en esta parte nada podia conseguir á viva fuerza. Si iban en harapos, yo no podia remediarlo; pero insistí en que la camisa, aunque rota, estuviese limpia, y fundé premios para los que durante toda una semana se hubiesen presentado con mas aseo; consistiendo estos premios en agujas, alfileres, tijeras, cuchillitos y otras frioleras que yo habia comprado á docenas en la feria de la ciudad vecina. El cura y el alcalde se encogian de hombros cuando les contaban lo que estaba pasando en la escuela; pero yo seguia aferradamente mi intento, fundado en que *antes de educar á los hombres, hay que desbastarlos, ó por mejor decir, quitarles lo que tienen de bestia.*

(Se continuará.)

El istmo de Suez.

LAGOS AMARGOS. — SELVA DEL AMBACK.

La cuenca natural que llaman los lagos Amargos, es una enorme depresion de terreno.

Primitivamente esta depresion era poco sensible á la vista en la parte contigua al Serapeum; mas sin embargo, examinando de cerca el terreno, se observaban los cambios que habia sufrido. El casquijo desaparecia, y en las partes bajas no se encontraba mas que una arenilla impregnada de sal. A derecha é izquierda se veian señales del antiguo trayecto de las aguas. Tambien se encontraban algunas conchas. En el fondo habia una capa de arena cubierta de conchas marinas y de sulfato de cal cristalizado. Finalmente, en el centro estaba el banco de sal marina formado en el último periodo de concentracion del agua. Sus dimensiones son enormes: su grueso, que en ciertas partes tiene 7 y 8 metros, es por término medio de 3 metros. Este banco de sal tiene trece kilómetros de largo, y su mayor anchura es de seis kilómetros.

Fuera de la cuenca el suelo presenta ligeras ondulaciones. En la superficie se compone de una capa de arena cubierta con un poco de casquijo. La vegetacion comienza á mostrarse aquí y acullá hasta el *seuil* del Serapeum, esa aglomeracion de antiguas dunas, que fijaron algunas plantas vivas particulares del desierto.

El agua del Mediterráneo hizo su entrada en los lagos Amargos en febrero último, como saben ya nuestros lectores. Los ingenieros procedieron á esta operacion importante por medio del desagüe situado á 2 kilómetros del Serapeum. Es una obra que puede cerrarse enteramente ó dejar pasar hasta 120 metros cúbicos de agua por segundo.

La experiencia del lago Timsah habia probado que la corriente puede alcanzar hasta 0^m, 30 por segundo.

A esto se atuvieron en los primeros tiempos. En cuanto se introdujo el agua en la cuenca, el banco de sal comenzó á disolverse, disolucion que se hizo con tal rapidez, que apenas quedan algunos granos de sal de todo aquel inmenso banco.

Hoy los lagos Amargos forman un pequeño mar cuyo trayecto es de 20 kilómetros en el lago pequeño, y de otros 20 en el grande.

La capacidad de este mar interior es de 1,443.000,000 de metros cúbicos.

El terreno, para empaparse, ha absorbido como la cuarta parte de este volumen de agua. La evaporacion, bajo el sol de Egipto, se ha calculado en un centímetro por dia.

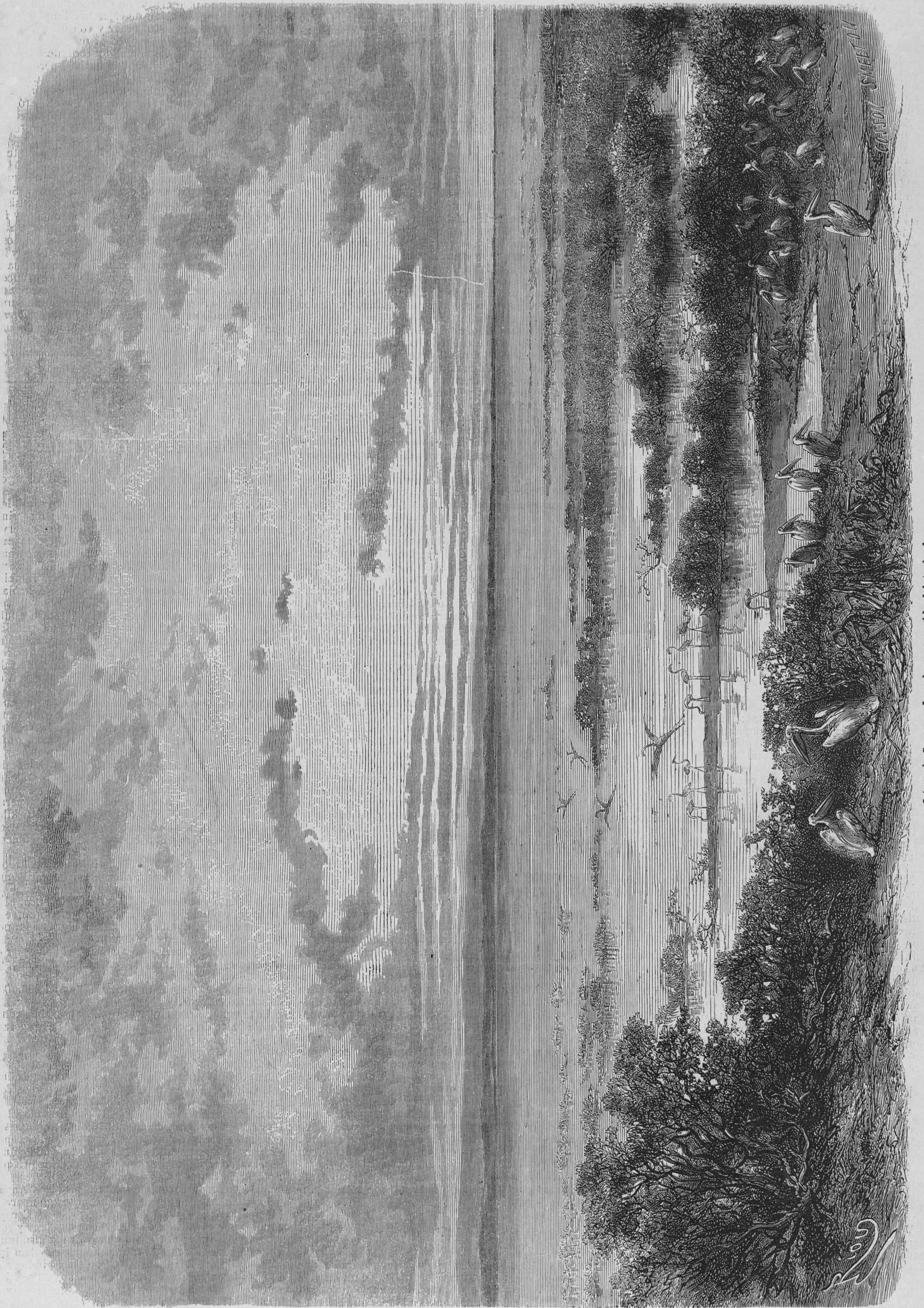
Calculado todo, era preciso introducir en los lagos Amargos un volumen de agua de 1,900 millones de metros cúbicos, esto es, un suplemento á la capacidad de las cuencas, de 475 millones de metros cúbicos.

La imaginacion se quedaba atónita, cuando al contemplar el torrente de 100 metros de ancho que se escapaba de dia y de noche del desagüe del Serapeum, se pensaba que se asistia á la caída artificial de un mar en el interior de las tierras, en esa cuenca privada de agua hacia tantos miles de años.

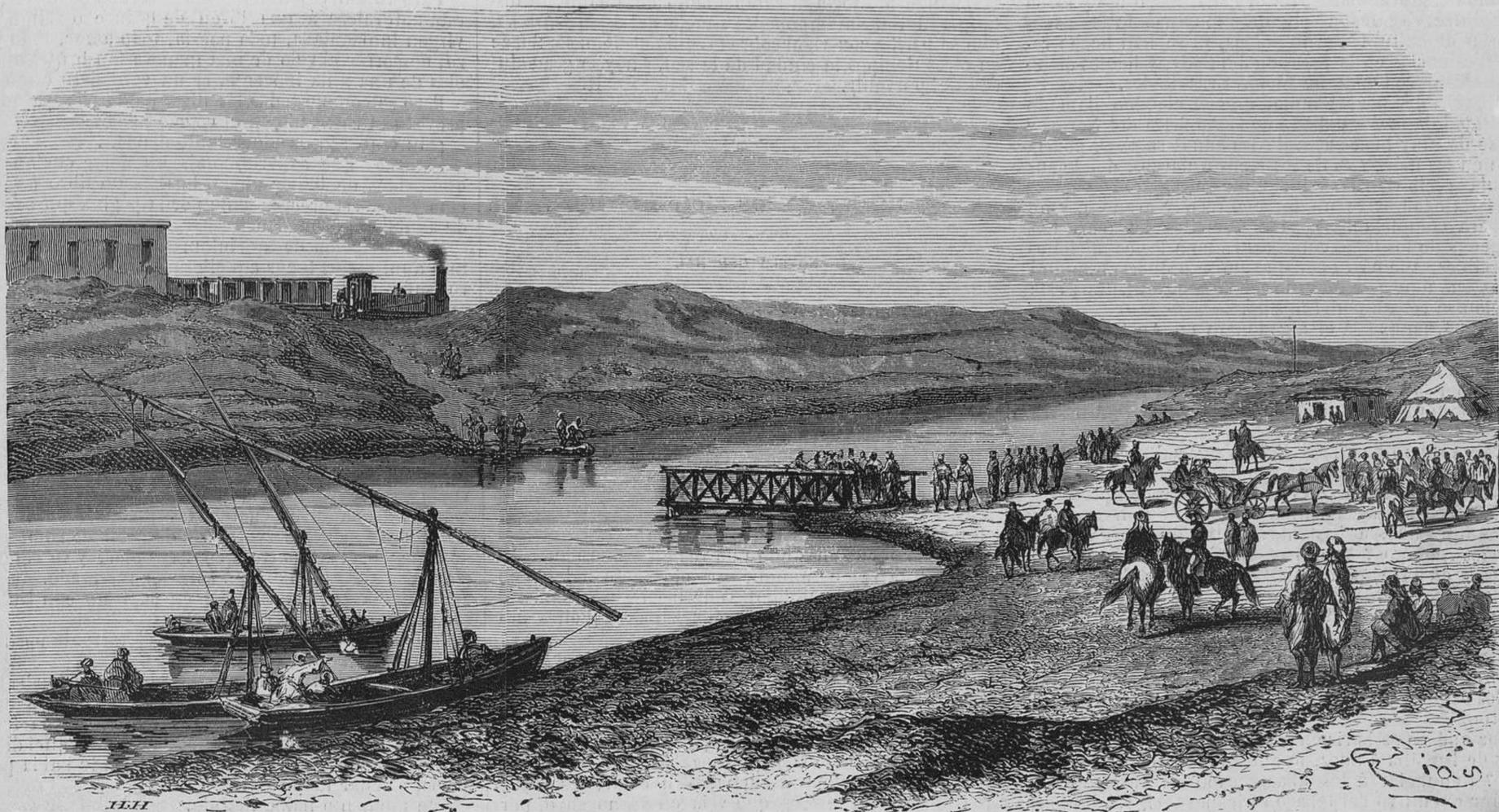
Siete meses tardaron en llenarse los lagos Amargos.

En cuanto tuvo el gran lago bastante agua para recibir uná barca, se vió á los ingenieros de la Compañía aventurarse en la líquida superficie, explorar y sondar el terreno, vigilar el trabajo que cada dia disminuía el enorme banco de sal. Al mismo tiempo echaban los cimientos de dos faros, cuyas luces debian indicar á los buques la entrada y la salida de los lagos. Poco á poco se echaban tambien las boyas, señales marinas que indicarian á los navegantes las mas altas profundidades de la cuenca.

El canal navegable hoy ocupa toda la zona de los ter-



Istmo de Suez. — La selva sumergida del Amback.



Istmo de Suez. — Chaluf. Canal de los faraones. El vado y la estacion del ferro-carril.

renos negros que prolongaban el banco de sal. La profundidad varia de 8 á 10 metros. No es solo un canal, sino un verdadero paso de 6 á 8 kilómetros de ancho, por el cual pueden navegar y maniobrar los buques.

La línea de agua tiene aun mayor extension, y así sucede que cuando se halla uno á bordo de un buque colocado á un extremo, y se mira á lo largo, el horizonte se dibuja por una línea de agua como la que limita la vista en alta mar.

Y es en efecto un mar, un mar que por su misma situacion en medio del desierto tiene algo de grandioso.

Los grandes lagos estaban separados de los pequeños

por un cuello angosto y un *tenil* bastante ancho, flanqueado al Oeste por un islote mas alto que la línea de agua. El trabajo de comunicacion se hizo á seco por los talleres de Kabret-el-Echuch, que contaban 2,500 trabajadores.

Estos talleres, instalados en medio de soledades desoladas, á mas de 500 leguas de distancia de todo campamento, y á una legua del canal de agua dulce, formaban un contraste muy notable con todo lo restante del istmo, tan animado y tan poblado. Grandes fueron las privaciones que los obreros debieron imponerse en un principio.

Los dos lagos no forman mas que un mar interior, de

ondas azuladas y apacibles, encajonadas en márgenes de una arena menuda, y sobre la cual aparecerá sin duda una vegetacion abundante. Si, ya lo hemos dicho, la grande obra del canal de Suez, esencialmente comercial, debe necesariamente completarse con la obra agrícola.

Un canal de agua dulce corre ya de Ismailia á Suez. Se ha visto que en el momento de las grandes crecidas del Nilo, y cuando se trató de ejecutar á la draga las obras sobre la planicie del Serapeum, no costó nada aumentar el caudal ordinario.

Llegará un dia en que despues de haber doblado su capacidad, podrán emplearse sus aguas en el riego. En



Estacion de Chaluf. — Canal maritimo: vista tomada de la orilla de Asia.

la banda comprendida entre el canal marítimo y el de agua dulce, se pueden comenzar muy pronto las experiencias de cultura. Por lo demás, ya se han hecho estas experiencias en la posesión del Uady, y hemos dicho que habían producido los mejores resultados.

Es probable, por ejemplo, que el algodón llamado *Sea Island*, la mejor calidad de la América del Norte, y que se da muy bien cerca de las aguas saladas, podría darse en las márgenes de los lagos Amargos, donde sus cápsulas recibirían los efluvios marinos.

Esa variedad exige un terreno seco y arenoso, y no prospera completamente sino á orillas del mar. Las márgenes de los lagos Amargos reúnen las condiciones apetecibles. Además, ¿por qué no se probaría? Se dirá quizás que nunca se ha visto tal cosa en el istmo: esta objeción se rebate por sí misma.

En 1736, no existía el algodónero en América, sino como planta improductiva. Cincuenta años después, la aduana inglesa embargaba ocho pacas de algodón americano, por la razón de que los Estados Unidos no podían exportar una cantidad semejante. Hoy la América exporta 3.262,882 pacas.

No será difícil hallar en Egipto agricultores especiales. El cultivo del algodón, que se conocía ya en este país en tiempo de Plinio el Antiguo, da ya un producto de 80,000 pacas por término medio. ¿Se teme que la temperatura no sea bastante alta en las márgenes de los lagos Amargos? A esto se puede responder con lo que pasa en la Argelia. En las divisiones de Argel y Constantina, el algodón de hebra larga es la variedad que mas prospera, y en la provincia de Oran prospera mas todavía.

¿Y el tabaco, cuyo surtido viene á Egipto de Siria ó de Turquía? Los fellahs cultivan tabaco, pero las hojas que los echan y hacen secar, es una paja sin fuerza y sin aroma.

¿Por qué no se haría en las orillas de los lagos Amargos y de Ismailia á Suez, lo que se ha hecho en la Argelia? Renunciar á los tabacos exóticos, desarrollar y mejorar el cultivo del tabaco africano, el *chebli*. Una de las ventajas que trae el cultivo de este tabaco indígena, es la posibilidad de hacer siempre un segundo corte en tiempo útil, antes de las lluvias de noviembre, pues la primera tiene lugar en julio y en agosto.

GEBEL-GENEFFÉ, CHALUF, EL TERRABA.

Canal marítimo en el kilómetro 83.

La cuenca pequeña de los lagos Amargos se extiende hácia Suez, teniendo á su derecha, al sudoeste, el Gebel-Geneffé, monte árido y accidentado, que contiene una buena cantera de piedras que la Compañía tuvo intenciones de explotar para la construcción de las escolleras de Puerto-Said, renunciando después á ello, porque prefirió los trozos de beton aglomerado, cuya fabricación describí al principio de estos artículos.

El Gebel-Geneffé es tan accidentado de cerca como parece monótono de lejos, tan abrupto cuando se recorren sus arenas ardientes sembradas de rocas, como risueño y agradable de tono visto á algunos kilómetros de distancia, en ocasión en que desvanece en el trasparente azul del horizonte sus matices rosa y violeta.

Así lo vi una mañana á eso de las siete, cuando cabalgábamos hácia Chaluf: era un cuadro admirable de colorido. Los jinetes se destacaban en la mas pura atmósfera, proyectando su sombra azul en la arena sembrada de las conchas blanquecinas que formaban el suelo del antiguo cauce del mar Rojo. El sol, á veces medio velado por leves vapores rosados, alumbraba suavemente el conjunto del cuadro. ¡Qué hallazgo para un artista! Yo me incliné pensando que el porvenir me reservaba quizás el tener que reproducir escenas de este género, cuando hubiese dejado el lápiz del presente por la parte de mis sueños, y así fué que hice gran provision de impresiones diversas. Las fui recogiendo sin contarlas; las notas y las apuntes abundan, pues mientras tanto escribo ó dibujo, hasta que encuentro alguna estación interesante que me hace detenerme.

Esto me sucedió aquel día.

A eso de las nueve de la mañana llegábamos á Chaluf. Chaluf es un campamento muy curioso, y que se ha transformado sobremanera desde que se acabó el trabajo. El canal se extiende hácia Suez en un magnífico espacio de 80 metros de ancho, y va en derechura á encontrarse con el mar Rojo.

A pocos kilómetros mas al Sur, se encuentra, antes de llegar, la estación del kilómetro 83, donde enormes obras de mina han hecho saltar un banco de roca que obstruía el canal: es el único sitio donde han hallado roca; pero lo mismo esto que la arena, ó el fango, nada ha resistido á la poderosa maquinaria de la Compañía, y á los perseverantes esfuerzos de los hombres animosos que han trabajado para ella.

En el kilómetro 83 encontré todo un ejército de obreros de todas nacionalidades, que trabajan con ardor bajo las órdenes de un excelente hombre, M. Guillaumet, que ha muerto de cansancio y quemado por el implacable sol de ese clima fatal; y era, sin embargo, alto y robusto; pero nada resiste á los ardores del desierto. Las máquinas se gastan y los hombres mueren, ó envejecen rápidamente. Ha sido una ruda campaña, tanto como lo fué la del general Bonaparte, pero pacífica y mas gloriosa. El tiempo pasará, y la historia, que juzga imparcialmente los hombres y las cosas, dejará á la posteridad el nombre de M. F. de Lesseps rodeado de la gloriosa falange de trabajadores que combatieron á su lado tan valerosamente.

Dejando al Norte el campamento de Chaluf, se distingue al Sur la imponente silueta del Djebel-Attaka, que se perfila con vigor sobre el azul del cielo. Es Suez: en otros tiempos la ciudad de la sed, y hoy la gran ciudad del porvenir.

R.

La mujer de los siete maridos,

NOVELA ORIGINAL

POR JULIO NOMBELA.

(Continuacion.)

VII.

EL CUARTO DE HORA.

Isabel se habia dicho muchas veces:

— Yo no amaré mas que una vez en el mundo.

Y por esta razón, aunque sus ojos habían leído en otros muchos los sentimientos que inspiraba su belleza, se habia guardado muy bien de traducir aquellas miradas.

Mejor dicho, habia entrado en la liza del amor, pero con todas las armas, y dispuesta á luchar para vencer.

Que habia soñado, era inútil decirlo: era jóven, y la juventud es un sueño.

Hasta entonces, á pesar de lo poco que trataba á las gentes, los ecos de la vida que llegaban hasta sus oídos, las conversaciones que escuchaba sin cesar, los sentimientos nada generosos que veía en torno suyo, por mas que contuvieran el desarrollo de la fe en su alma, no habían muerto en ella la esperanza.

Creía en Dios, pero no en los hombres.

La sociedad, aunque solo la miraba desde la altura de su solabanco, no le parecia nada agradable; y si al llegar la primavera le deleitaba verla representada en el sereno cielo, en los gorgoros de las aves, en los rayos del sol que llegaban hasta su lecho á despertarla mas temprano que nunca, lo que es la sociedad, el trato, le inspiraban miedo, y eso que no los conocía á fondo.

El bueno de don Fabian habia inspirado á su alma los mas nobles sentimientos.

La virtud era para Isabel un goce, gracias á la bellísima forma con que el anciano sacerdote la habia presentado á sus ojos.

Pero desde el momento en que faltó á su alma aquel mentor, aquel cariñoso amigo que se complacía en presentar á sus ojos todas las bellezas de la religion, todos los encantos de las virtudes, su madre, que á pesar de lo mucho que la queria, era, aunque buena, una mujer vulgar, habia dejado algo abandonada aquella flor, y el mundo se habia encargado de ir poco á poco arrebatándole las hojas, ó, como diría un poeta, las ilusiones.

Por muy retirado que viva uno, siempre tiene que tratar con alguien: ya sea el vecino ó el amigo antiguo, ya la portera ó el aguador, nunca falta alguna de estas personas que nos recuerde que vivimos en el mundo.

— ¿No ha oído Vd. los gritos que daba anoche la señora del cuarto principal? dijo un día la señora Felicianita á Isabel.

— No por cierto.

— ¡Pues poco alborotaron!

— Sería muy tarde y estaría yo dormida.

— ¡Cá! no, señora: ¡Si eran las ocho y media!... ¡Pues poquito que se ha hablado en la casa del suceso!

Natural era preguntar, aunque solo fuera por cortesía.

— Y ¿qué pasó?

Esta pregunta basta para que una portera esté hablando una hora.

— ¿Qué habia de pasar? La señora del principal es hija de un marqués. Su padre estaba pobre, la casó con un agente de Bolsa; el agente se metió en malos negocios y perdió toda su fortuna; la señora no queria perdonar ni el teatro, ni los bailes, ni los paseos, ni los trajes de terciopelo, y el marido se entrapaba hasta que dijo: «Ya no puedo mas...» Y la paz se alteró en la casa. Anoche, precisamente, se empeñó la señora en ir al teatro, él estaba de mal humor, dijo que no, ella le echó en cara la mala vida que la daba, él á su vez le dijo que la habia sacado de la miseria, ella añadió que era noble y que él era un pelafustan, y se armó tal bolina, que el marido, cansado ya, tiró una silla á la cabeza de la mujer; la mujer comenzó á dar gritos, dijo que la mataban; los vecinos acudieron en su socorro, vino la guardia y se armó una de *pópulo bárbaro*. Nada mas natural que esto.

Todos los días nos cuentan estas ú otras cosas parecidas.

Que nos las cuenten á los que mas ó menos sabemos algo ya de los achaques del mundo; á los que después de haber vivido y haber luchado, no juzgamos las cosas por la impresion del momento, y seguimos creyendo en la virtud sin olvidarnos de que existe el vicio en presencia de la virtud, nada tiene de extraño.

Pero contar escenas de esta clase, referir historias de esta naturaleza á una jóven de quince ó veinte años, vírgen inmaculada, todo poesia, todo amor, todo pureza, recorrer el velo de una manera tan brutal ante los ojos de una niña inocente, es un verdadero crimen.

Pero se comete todos los días, y que yo sepa no está previsto ni castigado en el código penal.

¡Sin embargo, produce tanto daño!...

Figuraos que experimentais un dolor cualquiera y que ávidos de hallar alivio, buskais un libro de medicina y lo abris precisamente por la página que se ocupa de aquella enfermedad.

La descripción de los síntomas os parece exactísima: mas aun, creéis tener aquellos mismos síntomas, y horrorizados ante aquella noticia, cerrais el libro y caeis en la mayor desesperacion.

El mismo efecto produce en un alma completamente vírgen de las desdichas de la vida la narracion de esas mil escenas vulgares y terribles que á cada paso aumentan la tragedia humana.

Repito, pues, que á pesar de lo retirada que vivia Isabel, tenia ocasión de oír á cada instante algo de lo mucho que pasaba en torno suyo.

Decid á un pájaro que en el momento de tender el vuelo va á caer en un lazo, y recogerá sus alas.

Decid á una jóven cuando las ilusiones coronan su sien, cuando sus horizontes son de color de rosa, cuando la felicidad le sonríe, que hay dolor, y se detendrá amedrentada y formará un carácter reservado.

Esto habia pasado á Isabel en su trato con las personas que la rodeaban.

Pero como ya he dicho antes, el torrente oprimido tenia que desbordarse.

El amor que encerraba en su seno, que no dejaba traslucirse en sus ojos, que no brillaba tan siquiera en la sonrisa de la juventud ni en la esperanza de la felicidad que habia atesorado, rompería un día aquel dique, aquellas cadenas que la fria experiencia le habia puesto, para llenar toda su vida.

Este momento habia llegado.

Mariano no solo tenia á sus ojos las prendas personales para agradar á una mujer que poseia el sentimiento de lo bello.

Aquel carácter atolondrado, aquella mezcla de ligereza en la forma y de generosidad de sentimiento en el fondo, aquella originalidad con que se presentaba á sus ojos, la cautivaban por completo.

Mariano le habia dicho:

— Seamos amigos, nada mas que amigos, yo me opondré á que pasemos adelante.

Y esta frase, hija sola de la pluma, no del corazón del artífice platero, era una pesadilla para Isabel.

Después de haberse atrevido á mirarle, con lo cual le indicaba que la lectura de sus cartas le agradaba, después de haberle dado la respuesta que deseaba, sintió que la primera epístola no hubiera sido vulgar.

— Ha buscado el camino mas largo, se decía.

Y, vean Vds. lo que es el mundo: Mariano, que al ver á Isabel habia experimentado una emocion dulcísima, que habia sentido hácia ella un vivo afecto, y deseaba por instantes su confianza, su cariño, su amor, al entrar en correspondencia con ella de una manera tan original, vió en aquellas cartas que escribía un entretenimiento, un juguete, y como todo en él era imaginacion, se complacía en llenar las cuartillas de papel con confianzas amistosas, pero muy pintorescas, muy raras.

No experimentaba una sola impresion que no la refiriese á su amiga.

Y como siempre iba en busca de lo desconocido, como no tenían parecido con nada las escenas que le pasaban, sus cartas eran, mas que cartas, las páginas de una novela, en las que siempre quedaba con el mayor interés el lector.

No quiere decir esto que fuera una novela interesantísima.

Pero como Isabel esperaba el desenlace, y creía que este desenlace seria al fin y al cabo una declaracion amorosa, el *se continuará* la desesperaba.

No contentos con escribirse, hablaban por las mañanas de ventana á ventana, y su amistad crecía tanto, que al fin y al cabo llegaron hasta hablar por el ventanillo.

Isabel siempre esperaba la declaracion de Mariano.

Mariano, por su parte, llegó á comprender el cariño de la jóven, y como era, así como Dios le habia hecho, halló un placer en mortificarla con su silencio.

Y, sin embargo, á pesar suyo, las cartas, que eran su alma, dejaban adivinar á la jóven que inspiraba á Mariano un amor inmenso, un amor sin fin.

«¿Qué es la vida, decía, sin otro ser con quien compartir nuestras alegrías y nuestros dolores? ¿Qué es el sonido sin eco? ¿Qué son los ojos sin luz? ¿Qué es la esperanza sin fe?»

» Yo no sé lo que es amar; pero yo me figuro que amar es la suprema felicidad; vivir á medias con otra alma, darle impresiones, recibirlas, soñar juntos, ver en un mismo objeto lo que no ven los demás, en una palabra, confundir dos vidas en una.

» Muchas veces, añadia, estoy tentado de decir á usted:

» ¿Quiere Vd. que dejemos de ser amigos para ser amantes? Probemos á realizar esos sueños que me ofrecen tan dulces horas de éxtasis.

» Pero en seguida me acuerdo de la prosa, de que á las ocho y media tengo que ir á mi obrador, de que las casas cuestan un tanto al mes, en fin, de todas esas menudencias viles, porque se sostienen con el vil metal.

» Nada, nada, amigos hasta la muerte, pero nada mas que amigos. »

Esto desesperaba á Isabel. En cambio Mariano gozaba infinito pensando el efecto que producirían sus cartas en la joven. Llegó el verano con sus hermosas y serenas noches, y mientras doña Soledad se dormía, Mariano é Isabel, asomados cada cual á la ventana, se pasaban hasta las dos y las tres de la mañana hablando como amantes, pero tratándose como amigos.

Al fin y al cabo sucedió lo que debía suceder. Una noche se entusiasmó demasiado el artista, y pronunció la terrible frase, el «yo te amo,» de todas las novelas y comedias.

Isabel, que verdaderamente le amaba, pronunció el dulce «sí.» Desde aquel momento se creyeron los dos jóvenes los seres mas dichosos de la tierra.

Mariano cambió por completo de vida. Iba con asiduidad al obrador, trabajaba mas que de ordinario, era económico, arreglado, juicioso.

Con decir que la señora Feliciano no salía de su asombro, y que no encontraba una sola persona á quien no refiriese la trasformación que se habia operado de su inquilino, está dicho todo.

Isabel, como buena hija, habló á su madre, y esta dió permiso á Mariano para que las visitase y para que las acompañase á paseo.

¿Qué mas podían desear? Ningun obstáculo se oponía á su dicha.

Y doña Soledad, que comprendía cuánto amaba el joven á Isabel, gozaba recordando el secreto que habia ocultado, y que como suponen mis lectores, era la base de la felicidad positiva de aquellos dos amantes.

¿Para qué he de referir lo que pasó durante aquel tiempo?

Los dos se veían, se hablaban, y lo que es mas, se escribían, á pesar de vivir tan cerca y de hablarse á menudo.

Los dos soñaban juntos, y hasta habian pronunciado la palabra matrimonio.

Isabel se entregó por completo á aquel amor, y olvidó la fria experiencia que la conversacion de muchas personas officiosas habia dado á su alma.

El mundo le parecia un paraíso. Pasó el verano, pasó el otoño, y comenzó el invierno. Con el invierno, vino el carnaval, la broma.

Vamos á ver lo que pasó.

VIII.

UN CUARTO DE CONVERSION.

— ¡Mariano, Mariano! gritaron dos jóvenes que salían de la calle de la Montera, al ver á nuestro héroe en la Puerta del Sol.

— ¿Sois vosotros?

— Sí, chico.

— ¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos!

— Lo menos cuatro meses.

— Estás mas flaco que antes.

— La mala vida.

— Os equivocais de medio á medio. Puede que esté flaco, pero si lo estoy no es efecto de la mala vida, al contrario, soy un santo.

— ¿Tú?...

— Lo que oís.

— Cuéntaselo á quien no te conozca.

— Vosotros que habláis tanto, no me conocéis.

— Pues si eras el mas loco del obrador.

— Los calaveras sois vosotros, que abandonásteis el trabajo para vivir alegremente, porque os cayeron á la lotería cuatro ó cinco mil reales.

— Que ya hemos devorado.

— Pues habeis de saber que yo continúo yendo al obrador y trabajando con asiduidad.

— ¿Lo que quiere decir que te has convertido.

— Quiere decir, que estoy enamorado.

— ¿Tú?

— Sí, yo, sí.

— ¡Já, já!

— El diablo harto de carne se metió á fraile.

— Tomadlo á broma si quereis, pero antes de dos meses seré marido.

— Hombre, no hagas esa locura.

— Eso es suicidarse.

— Será lo que gustéis, pero me caso.

— Mira, dijo uno de ellos, tenemos media onza, último resto de nuestra pasada fortuna, y hemos pensado divertirnos. Donde comen dos comen tres. ¿A dónde vas?

— Al obrador.

— Pues haz novillos esta tarde.

— Es imposible.

— ¿Cómo imposible? ¿Te negarás á complacer á dos antiguos camaradas?

— El maestro me espera.

— Que se pase sin tí. En todo caso, quien sufrirá será algun parroquiano.

— Nada, nada, no voy.

— Si no quieres de grado será por fuerza.

Y al decir esto, se apoderaron cada uno de un brazo de Mariano y comenzaron á arrastrarle.

— Ya que me lo pedis con tanta amabilidad, dijo el joven, os complaceré. ¿Y adónde vamos?

— Si hubiéramos ido los dos solos, al *Armiño*; allí se

come bien por cuatro duros. Pero somos tres y nos contentaremos con *Perona*.

— Y para indemnizarnos beberemos una botella de Champagne á tu salud.

— Y á la de tu futura.

— Pues en marcha, dijo Mariano, dejándose dominar por sus amigos.

Y diez ó doce minutos despues se hallaban en uno de los cuartos de la casi tradicional fonda que aun se conserva en lo que hoy es calle de Cádiz y antes era calle de Majaderitos.

Durante la comida, hablaron los tres amigos de sus antiguas calaveradas, y ponderaron á Mariano lo animados que estaban aquel año los bailes de Capellanes.

— Debes ir, le dijeron.

— ¿Yo?

— Sí, hombre. Nada tiene de extraño; van los casados, con que que vayan los futuros...

— Sí; pero los futuros que van son imperfectos.

— Pues nada, nada, chico, es necesario que te animes. Si ahora que somos jóvenes no aprovechamos el tiempo, vamos á ser despues lo que se llama viejos verdes, y no te arriendo la ganancia.

— Por otra parte, la juventud es para gozar.

— Nosotros vamos esta noche á Capellanes.

— Con dos muchachas encantadoras.

— ¡La flor y nata de la hermandad del dedal y la aguja!...

— ¡Con una chispa!

— Cuando la toman.

— En fin, Mariano, serás un tonto si no nos acompañas, un idiota si te retiras del mundo y un cernicalo si te casas.

— Vaya una rociada de galanterías.

— Todas te la mereces.

— Venga champagne... gritó Mariano.

— ¡Bravo! ya empiezas á animarte, le dijeron sus amigos.

— Yo pagaré el néctar.

— Tanto mejor, con eso guardaremos municiones para el baile de esta noche. ¿Por supuesto que tú vendrás?

— Iré.

— Magnífico... diremos á las chicas que lleven á su amiga la romántica.

— ¿Qué clase de pájaro es ese?

— Un pájaro de cuenta.

— Una joven aristócrata, educada en un colegio de los mas distinguidos.

— ¿Y es modista?

— Su familia ha venido á menos.

— ¡Pues! la historia de siempre.

— Pero es encantadora, y se le ocurren unas cosas...

— Lo oyes, chico, cuando se pone á hablar, es un tesoro de gracia.

— Como que le deja á uno con la boca abierta.

— ¿Cómo se llama?

— Laura.

— Pues esta noche, dijo Mariano, ó mas bien el champagne que funcionaba en él, esta noche conquistaré á esa Laura.

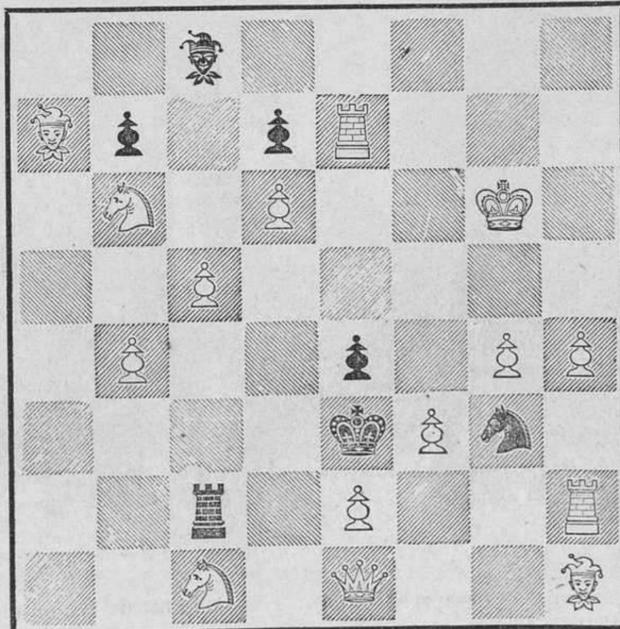
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 301.

- 1 P 6ª Rª P toma P
- 2 Rª toma P 6ª Rª jaque Uno de los dos C toma Rª
- 3 C 5ª ARª ó 5ª R, segun, jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 302, POR M. X. Y. Z.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

— Ya es tarde, vamos si quieros á esperarlas delante de la puerta del obrador.

— Las tres saldrán juntas.

— ¡Vamos, vamos!

Mariano, que como saben nuestros lectores era el hombre mas impresionable del mundo, se dejó arrastrar por sus camaradas, y aquella noche volvió á ser lo que siempre habia sido, un calavera.

Laura hablaba con tal desenvoltura, con tal gracejo, que hechizaba á cuantos la veían, á cuantos la escuchaban.

Por otra parte, su belleza era una chispa eléctrica: no era posible verla, estrechar su mano, fijar los ojos en los suyos sin experimentar una extraordinaria sensación.

Habia leído muchas novelas, habia vivido algunos años en la esfera mas elevada de la sociedad, y tenia encantos para fascinar á la imaginacion del amante de Isabel.

Al volver á su casa despues de haber pasado la noche en Capellanes, no era Mariano el mismo.

Despues de dormir algunas horas, al acordarse de Laura, al pensar en Isabel, no pudo menos de entregarse á una lucha desesperada.

Isabel hablaba á su alma, Laura á sus sentidos.

— No volveré á verla, se dijo; esos malditos amigos me han perdido... ¡Oh! yo era tan feliz ayer.

Un reló dió doce campanadas.

— Ayer por la tarde falté á mi obligacion y hoy continúo faltando... despues iré, trabajaré lo perdido... Pero ahora que me acuerdo, Laura me citó á las tres en su casa. No iré. Esta resolucion es indigna de un caballero... ¿Cómo faltar á una palabra? Iré... sí, iré y me despediré de ella para siempre.

Mariano fué, pero no se despidió.

Laura se enamoró del joven, le tendió sus redes, empleó todos los recursos de la coqueteria para subyugarle, y le dominó.

Mariano continuó faltando al obrador, volvió á la vida desarreglada; y la señora Feliciano con la mejor buena fe del mundo, dió parte de aquel cambio á Isabel.

— Yo no sé lo que le pasa, pero le pasa algo. Viene tarde de noche, apenas me saluda al entrar y al salir, está muy distraído.

Isabel lo habia notado, pero sentia que se lo dijeran. Amaba mucho á Mariano y temia perder la fe.

Sin embargo, aquella situacion no podia continuar. Mariano, que no sabia fingir, revelaba la mayor impaciencia, cuando al hallarse al lado de Isabel se acercaba la hora en que debia buscar á Laura.

Como siempre sucede, tiró el diablo de la manta.

¿Pero cómo tiró?

Esto merece un capítulo aparte.

IX.

EL CABO SUELTO DE SIEMPRE.

De ser posible la situacion en que se encontraba Mariano, la hubiera prolongado por su gusto.

Dado su carácter, se comprende este deseo. La monotonía era su mayor enemigo, y le vencía cuando, despues de haber sido con Laura un don Juan, era con Isabel un Abelardo.

Pero las situaciones violentas duran poco. Faltando al obrador disminuían sus ganancias; y como al mismo tiempo se aumentaban sus gastos, comenzaban las matemáticas á mortificarle.

Por otra parte, cuando estaba con Laura le parecia adorable la pureza, la angelical hermosura de Isabel.

— Ella es el tipo de la mujer cristiana, se decia; ese tipo sublime de la mujer de su casa, de la madre de familia.

El alma á su lado experimenta una emocion dulcísima, todo lo ve de color de rosa; el orden tiene encantos pensando en ella, y la idea de una casita bien arreglada, de una vida cómoda y económica, constituye su felicidad.

Pero cuando dejaba á Laura para hacer compañía á Isabel y á su madre; cuando respiraba en aquella atmósfera purísima; cuando todo lo que le rodeaba le hacia adivinar el cielo, su imaginacion evocaba el recuerdo de Laura.

— Sus ojos rasgados, sus labios de fuego, su esbelta é insinuante figura, la gracia de su conversacion, la libertad de su trato, la originalidad de sus caprichos, la hacen seductora, pensaba.

Y pasando de una emocion á otra, como la mariposa de una flor á otra flor sufría en vez de gozar.

Isabel, que empezaba á presentir un desengaño, provocó una explicacion.

Mariano habia resuelto romper con Laura para volver á la buena vida.

Creyendo que la joven ignoraba las señas de su casa, faltó á una cita.

— De esta manera, pensó, se enfadará conmigo, reñiremos, y me separaré para siempre de su lado.

Pero no contó con la huésped.

Laura le esperó en vano una hora.

No pudiendo contener su impaciencia, fué á su casa y abordó á la señora Feliciano.

— ¿Vive en esta casa un joven platero que se llama Mariano? le preguntó.

— Sí, señora.

— ¿Está en su cuarto?

(Se continuará.)

Reformas que se proponen en el uniforme de la guardia nacional, por Cham.



Uniforme propuesto por un nacional de buen tamaño.



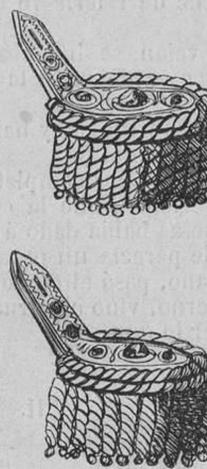
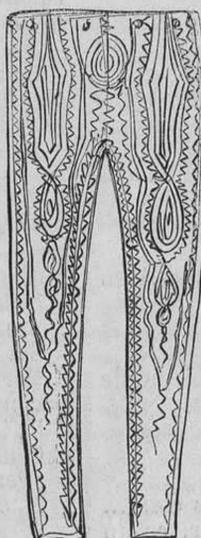
Inconvenientes de llevar la cartuchera por delante.



Idem.



Incompatibilidad del kepi y del gorro de seda negro.



Uniforme propuesto por el Estado mayor. Precio: dos mil pesos fuertes.



Complemento propuesto por un especiero.



Por un peluquero.



Por un tabernero.



Por un boticario.



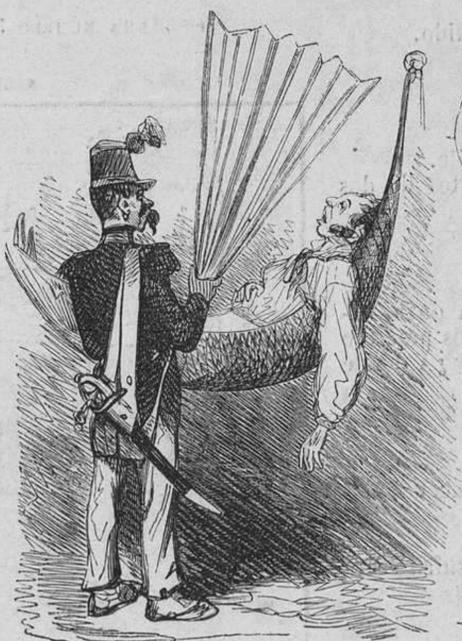
Por un pastelero.



Uniforme de invierno propuesto por los guardias nacionales y desaprobado. De noche.



De día.



Uniforme de verano propuesto por los guardias nacionales y desaprobado. De noche.



De día.